

V a r i a

LA TECNICA ARQUEOLOGICA EN LA ACTUALIDAD

Excavar, que ha sido durante decenios retirar de la tierra, con más o menos éxito y dificultad, objetos antiguos, se va convirtiendo, por fortuna, en una técnica rigurosa y complicada. No sólo interesa ya el objeto en sí, sino —diríamos aplicando una frase famosa— “el objeto y su circunstancia”. Pero además de la racionalización de los trabajos de campo, la aplicación de procedimientos de laboratorio al estudio de los objetos abre constantemente nuevas posibilidades de precisión en diversos sentidos.

Una breve, pero substanciosa puesta al día de tales métodos, se halla reseñada en la reciente obra que la casa Picard, de París, ha publicado con el título de *La découverte du passé. Progres récents et techniques nouvelles en préhistoire et en archéologie*. (365 págs., 45 figs., 16 láms.). Inteligentemente, se ha confiado a distintos especialistas el estudio de cada una de las técnicas, tan diversas, que en él se resumen (muchas de ellas estando hoy sólo en sus inicios), bajo la presentación y ordenación de A. Laming.

Precisemos, sin embargo, que buena parte de su contenido no es nuevo para muchos de los arqueólogos que trabajan en el ámbito peninsular. Algunas de estas técnicas han sido ya más o menos aplicadas en España, como por ejemplo la fotografía aérea. Otras, que no han sido usadas entre nosotros, distan de haber conseguido la deseable seguridad mínima en sus resultados. Pero bueno será conocer el estado actual de estos ensayos. Y bueno es tener un manual donde se dé todo resumido.

Así, pues, creemos que merece la pena analizar el libro con cierta calma, dentro de la brevedad obligada de estas notas.

En el proemio se señala el objeto y límites de la obra, indicando que se han dejado aparte los métodos clásicos, como la estratigrafía y la tipología, al alcance de cualquiera en otros libros. A continuación, en una breve introducción, se trazan las líneas generales de la historia de la prehistoria. Se entra propiamente en materia con unas páginas expositivas de los problemas de localización de yacimientos y objetos. En el primer caso juega un papel muy importante, de todos conocido, la fotografía aérea, de cuya exposición se han encargado G. Bailloud y P. Chombart de Lauve. Es un buen resumen, señalando posibilidades y limitaciones del que no entramos en detalles por ser unos de los aspectos menos nuevos de la obra.

Mucho más lo es, en cambio, la aplicación a los estudios de arqueología de los métodos eléctricos de prospección (Cap. II, por R. J. C. Atkinson), basados en las variaciones de conductividad eléctrica del suelo en función de su estructura física. Usado por los ingenieros de minas y los buscadores de petróleo, y en escala más reducida por geólogos y geofísicos, el autor sólo conoce dos ocasiones en que se haya empleado en el campo que nos interesa. Sus propios ensayos en el yacimiento neolítico de Dorchester, cerca de Oxford, a partir de 1946, y los efectuados en Méjico, el año siguiente, que contribuyeron al descubrimiento del hombre de Texapan y que no han sido publicados en detalle. Aquéllos, basados en el estudio de la resistencia del terreno en prospección; éstos, a base de las líneas equipotenciales.

El sistema usado por los ingleses, del que tampoco se han dado a conocer hasta ahora detalles, consiste en un generador de corriente eléctrica, un instrumento para medir la resistencia del circuito, al que se aplican 4 electrodos (varillas de acero de 1 cm. de diámetro y 1 m. de longitud), unidas al generador por hilos aislados. A intervalos regulares, a lo largo de una recta, se colocan las varillas clavadas en el suelo y se engendra una corriente que pasa a través de los electrodos 1 y 4 y el terreno que los separa, y otra menor entre el 2 y el 3. La relación entre estas dos corrientes se mide con una aguja en un cuadrante graduado, que marca la resistencia media de un volumen dado de terreno. Los valores que se van obteniendo en las distintas líneas del terreno que se sondea se pasan a un gráfico sobre papel milimetrado, y su lectura permite deducir, a través de los cambios de resistencia, las variaciones internas del suelo que las provoca. Así, por ejemplo, a lo largo de un muro enterrado se halla una resistencia mayor que en el punto en que éste empieza o en el que termina.

La ventaja del método es su simplicidad. Su limitación, que precisa se trate de un terreno limpio de piedras, homogéneo y con los vestigios bien delimitados unos de otros.

De empleo más limitado parece el detector electromagnético, usado en tiempo de guerra para la localización de minas explosivas, para situar objetos metálicos en trabajos arqueológicos. Se resumen en el libro reseñado las experiencias de 1947, en Senlis, en los yacimientos del Chateau y des Arenes, ensayando tres aparatos distintos: uno ligero y portátil, manejable por una sola persona; un segundo, más pesado, que requiere dos; y un tercero, mayor, con soporte fijo. Con el primero, sensible, hasta medio metro de profundidad se recorre todo el terreno a explorar, con el fin de eliminar los objetos metálicos que se hallan en la superficie o en sus proximidades, de origen moderno (clavos, latas, etc.), que casi nunca faltan y que entorpecerían la exploración. Con el aparato de tipo medio se repite la operación, alcanzando profundidades que oscilan de 1 metro a 1,50.

Estos aparatos señalan con una aguja y con un silbido, simultáneamente, cualquier objeto metálico enterrado, hasta la citada profundidad. Se ha comprobado también que además reaccionan ante la presencia de tejas y ladrillos antiguos, por lo que su aplicación podría ampliarse.

No llegando su sensibilidad más allá de las cifras dichas, su uso será limitado. Puede ser útil, sobre todo por el momento, más que como detector de yacimientos como auxiliar de la excavación, tanto para orientación antes de excavar una zona, como para evitar que pase ningún objeto metálico en las tierras que se vierten, si bien este caso es difícil en toda excavación cuidada en que se criba la tierra.

Un nuevo capítulo trata de las aplicaciones a la prehistoria de la técnica del estudio de los sedimentos, importantísima para determinar el medio físico en que se movían los hombres de un yacimiento determinado (clase del suelo, clima, aguas, etc.). El estudio de los elementos del terreno es bien conocido, pero ya lo es menos el de los elementos muy pequeños, como granos de arena. El estudio morfoscópico y litológico de los cantos, por ejemplo: a base de su forma; las partículas de minerales pesados, el análisis granulométrico. Sigue las posibilidades del análisis químico de los sedimentos y el de los vestigios zoológicos (por A. Leroi-Gourhan), del que no parecen desprenderse grandes novedades; así como la cuestión del análisis polínico (por G. Lemeé), más conocido entre nosotros.

Siguen unos capítulos sobre determinaciones de cronología por medios diversos. En primer lugar se relata los intentos de establecerla en determinados casos a base del crecimiento de los círculos en la corteza de los árboles (A. Laming), nacido en América del Norte y aplicado a la datación de los postes de madera en las ruinas de habitaciones de los indios Pueblos, desarrollado sobre todo por A. E. Douglas; en Suecia se han hecho ensayos para su aplicación en la Europa septentrional. Aparte de su inseguridad y de que está en sus comienzos, no parece aplicable entre nosotros, dado la rareza de madera en los yacimientos prehistóricos; mientras que en los posteriores hay sistemas más seguros.

Interesante para el paleolítico es la posibilidad de fechar huesos fósiles por su contenido en fluoro (capítulo desarrollado por K. P. Oakley). El principio es el siguiente: los huesos y dientes enterrados absorben el fluoro de las aguas que circulan por el suelo. Conociendo el porcentaje de los huesos modernos, podrá determinarse si un hueso determinado lo es o no, teniendo en cuenta, claro está, las condiciones del lugar del hallazgo, ya que a mayor humedad el contenido del fluoro aumenta. Se ha calculado que los huesos del Pleistoceno medio tienen de 2 a 2'6 %, el cráneo de Swanscombe de 1'9 a 2 %, el esqueleto de Galley-Hill, hallado en los arenales de Pleistoceno medio de Swanscombe, en cambio, sólo 0'0'4, con lo que se demuestra que, a pesar de la posición en el momento del hallazgo, es más moderno, por lo menos del final del Pleistoceno o posterior.

Dando sólo diferencias de gran volumen —alrededor de 10.000 años—, sólo será útil en los estudios del paleolítico y sobre todo en el caso de duda de remota antigüedad de un hallazgo aparecido en circunstancias poco precisas. En este caso puede ser un buen auxiliar.

Pasamos los capítulos correspondientes a las aplicaciones del carbono 14 (H. J. Movius Jr.) y de la imantación termoremanente de las tierras cocidas (A. Laming, basándose en los ensayos de E. Thellier, de París), por ser el primer asunto ya conocido en líneas generales. (Cfr. Zephyrus II, p. 43).

El análisis petrográfico, aplicado a las hachas neolíticas halladas en el SE. de Gran Bretaña (capítulo a cargo de J. F. S. Stone), abre nuevos campos para el conocimiento de las antiguas vías de comercio de la época. Técnicamente, el procedimiento es de resultados seguros, pero para llegar a conclusiones será preciso un largo trabajo, pues sólo examinando exhaustivamente grandes masas

de materiales y por regiones, es útil históricamente. A. Laming expone a continuación, según G. Devendre, los balbuceos del estudio de los microorganismos de los sílex, que permitirá, quizá algún día, cuando se hayan realizado, como en el caso anterior, multitud de análisis, determinar procedencias de canteras.

Finalmente, H. Balfet resume las posibilidades del análisis microscópico de la cerámica, que si bien no sustituirá al estudio tipológico, clásico en los métodos de arqueología, puede ser, prudentemente usado, una importante ayuda. Y. A. France-Lanord da cuenta de los resultados de los análisis químicos y radiográficos para los estudios de piezas de metal.—M. TARRADELL.

CONSTRUCCIONES PALEOCRISTIANAS EN TRIPOLITANIA

La situación de Tripolitania entre dos potentes núcleos de arte paleocristiano, como son la zona de Túnez, Argelia, y Mauritania, y el arte copto egipcio, confiere un interés arqueológico especial a las antigüedades cristianas tripolitanas, interés incrementado por el hecho de que el aislamiento de aquella provincia y las dificultades de comunicación entre los distintos distritos diera lugar a la aparición de un interesante arte provincial de notable interés arqueológico, aunque artísticamente, excepto el templo construido bajo Justiniano en Sabratha, su mérito sea relativamente escaso.

La exploración de las construcciones cristianas en Tripolitania fué iniciada por los arqueólogos italianos y continuada luego por el Departamento de Antigüedades de la Administración Militar Británica en Libia, y después de la independencia de este país, por el Departamento de Antigüedades del Reino de Libia.

Recientemente J. B. Ward Perkins y R. G. Goodchild, adscritos a este Departamento de Antigüedades desde los primeros tiempos de la ocupación y en los que, pese al estado de guerra, la colaboración entre los arqueólogos italianos y británicos fué completa, han dado a conocer el estado actual de los estudios de la arqueología paleocristiana en Tripolitania y al mismo tiempo han señalado sus características (cfr. J. B. Ward Perkins y R. G. Goodchild, *The Christian Antiquities of Tripolitania*, *Archaeologia*, XCV, 1953, páginas 1-82, XXVI láms. y 32 figuras). El interés de este trabajo es tal que creemos merece ser divulgado, cuando menos en sus conclusiones, en nuestro país, máxime si se tiene en cuenta la importancia y la influencia del cristianismo norteafricano en el cristianismo hispánico, en todos sus aspectos.

El conjunto de la arqueología páleocristiana en Tripolitania es bastante homogéneo; de los tres centros más importantes: Leptis, Sabratha y Ocea, los tres primeros fueron excedidos en gran escala durante la ocupación italiana, por lo cual lo que resta por explorar es lógicamente de esperar que no ofrezca grandes sorpresas en el interior; pese a las dificultades de comunicación, de las que ya se lamentaban en los concilios provinciales las jerarquías episcopales tripolitanas, es mucho lo descubierto y cabe esperar que se descubrirá mucho más; pero, repetimos, el conjunto es muy uniforme y por otra parte, debido a que muchos centros urbanos, entre ellos Leptis y Sabratha, fueron abandonados a partir de la conquista árabe, las edificaciones han llegado hasta nosotros en un estado de conservación muy notable, en el que desde luego no puede soñar un arqueólogo hispano hallarlo en su patria; por ello, las edificaciones pueden ser estudiadas en planta y alzado privilegio, que podamos considerar propio de las provincias orientales del Imperio.

La seriación cronológica es, asimismo, bastante clara; el práctico abandono de Leptis, a resultas de la invasión de los vándalos (455 d. d. J. C.), que refiere Procopio, es totalmente aplicable a Sabratha; sólo en 531, a consecuencia de la ocupación bizantina, renacerán estas ciudades.

Escasas son las referencias textuales de la difusión del cristianismo en Tripolitania; prevaleció tempranamente, sin duda, en las ciudades cual en otros lugares del Imperio y sin duda influyó en ello el alto porcentaje de israelitas residentes en Cirenaica. Las referencias más antiguas son las de la sede episcopal de Leptis, siglo II d. d. J. C.; en el siglo III había obispos en Sabratha y Oea, así como en Girba y Tacapa, ciudades estas últimas situadas en el actual Túnez y por ello no exploradas por los arqueólogos que han trabajado en Libia. En la zona costera se ballaban las cinco sedes episcopales tripolitanas; pero la cristianización fué, asimismo, muy notable, a juzgar por los testimonios arqueológicos, en la zona montañosa del Djebel, próxima al *limes* y asentamiento de los *limitanei*, desde Alejandro Severo, es digna de mención la persistencia del cristianismo tripolitano después de la conquista árabe; así, en la necrópolis de Ngila, se descubrieron cinco tumbas fechables entre 945 y 1003, y la necrópolis de Ain Zara no es mucho más antigua; asimismo, la iglesia número 3 de Leptis, continuó abierta al culto en época islámica, no desapareciendo el cristianismo hasta el siglo XI, siendo posible hubiera supervivencias en el interior, aunque hasta ahora no han podido ser comprobadas.

En Sabratha, además de dos necrópolis junto al teatro, existen cuatro iglesias; la número 1, junto al foro, fué excavada por Bartoccini. En su origen fué una basílica judicial romana, semejante a la basílica de Septimio Severo, en Leptis, aunque en una escala mucho más pequeña y fechable en el siglo IV; la planta es típica en las basílicas tripolitanas pre-bizantinas; junto al ábside oeste se halla adosado el baptisterio, correspondiendo el resto a la necrópolis. En el siglo VI, durante la ocupación bizantina, se modificó la disposición del templo, colocándose el altar en el centro y contruyéndose un baptisterio de planta cruciforme adosado al muro S-E, junto al ábside. Las excavaciones británicas de 1948 permiten fechar la basílica judicial como del último cuarto del siglo IV y su adaptación como templo a fines de esta centuria.

La iglesia número 2 fué también excavada por Bartoccini, construyéndose con materiales procedentes de otros edificios, algunos identificados; muy destruída, por lo que su planta no ha podido ser reconocida en su totalidad, tenía tres naves y altar central; el pavimento era de mosaico; el mosaico de la nave central es comparable a las últimas producciones de Antioquía. Los autores creen que indudablemente se trata de la iglesia que, según Procopio, Justiniano hiciera construir en Sabratha.

Las basílicas número 3 y número 4, se hallan junto al teatro. La número 3 es la mayor y fué excavada por Guidi y Caputo, pero en 1949 los arqueólogos británicos realizaron excavaciones con el fin de aclarar la cronología, en espera de un riguroso estudio estratigráfico. La más interesante es la basílica número 3: tiene dos baptisterios, el más antiguo es el sur, y un *nartex* construído sobre unas termas; la planta es de tres naves, con ábside semicircular y arco triunfal, y altar central. La primera fase de esta basílica corresponde a una fecha desconocida entre la invasión vándala y la ocupación bizantina; bajo el dominio de éstos últimos se realizaron transformaciones, a juzgar por las características de aquéllas, señaladas como de la segunda fase. La pequeña basílica, designada con el número 4, fué excavada en 1953; se aprecian claramente dos períodos; sus características generales corresponden a las establecidas por los bizantinos.

Olea no fué abandonada y por ello no se han conservado restos de sus basílicas; pero sí se han hallado numerosos fragmentos arquitectónicos. No lejos de Olea se halla Ain-Zara, con su necrópolis, publicada por Aurigemma, y Ngila, cuyas tumbas presentan características semejantes a las de Ain-Zara.

Muy rico es el conjunto de edificios cristianos de Leptis Magna. La llamada basílica número 1, excavada por Bartoccini, Guidi y Caputo, es de época justininea, no siendo otra cosa que una adaptación de la basílica judicial de Septimio Severo. Es una gran basílica de tres naves; el altar se instaló en el ábside S., instalándose el baptisterio junto al ábside N. Este baptisterio tiene piscina bautismal de planta cruciforme, tipo derivado de los baptisterios sirios.

La basílica número 2 se instaló en el foro antiguo, aprovechando un templo pagano de fines del siglo I, principios del II, que se creyó estaba dedicado a la Gran Madre. Fue excavado por Bartoccini. Es una basílica de tres naves, con atrio. Junto a esta basílica hay un baptisterio de planta cuadrada y piscina bautismal cruciforme. El estado de conservación, especialmente del alzado, es muy notable.

La basílica número 3 se halla junto a la gran vía porticada, construida en época de los Severos. La excavación fue iniciada por Caputo y continuada por los arqueólogos británicos; falta excavar la nave de la epístola. Es de tres naves y adosada a la *prótesis* hay un baptisterio con piscina de planta cruciforme.

Como posible baptisterio interpretan los autores el edificio de época cristiana existente junto al templo de Júpiter Colichenus; es de planta rectangular, con un posible ábside, orientado al NE de planta cuadrada. Fue excavado por los ingleses en 1945.

Los restos de edificaciones en el Djebel del W. son numerosos. La basílica de Asabaa fue excavada por Bartoccini. Tiene tres naves y baptisterio, con pila lobulada, adosada al ábside. La cronología es poco clara, pero un tesoro descubierto junto al altar señala que este templo es anterior a la ocupación bizantina. Muy interesante es una lápida sepulcral, cuya decoración y ornamentación recuerda la de los mosaicos sepulcrales norteafricanos. Pequeños templos, de tres naves, han sido descubiertos en Bir-el-Cur y Wadi Creama.

Una construcción cristiana, no excavada totalmente, existe en el Msufiin; fue visitada ya en el siglo XVIII. Se trata de un edificio, de indudables finalidades litúrgicas, anejo a una residencia fortificada.

Una pequeña basílica de tres naves y altar central existe en Tebedut; fue excavada en 1914 por las tropas italianas, que la utilizaron como puesto fortificado en los primeros tiempos de la con-

quista. Los escasos restos conservados fueron estudiados por los autores en 1948.

En el Djebel Este los autores han estudiado una pequeña basílica de planta rectangular en Ain Wif; asimismo, los arqueólogos británicos han estudiado otra en Gasr Maamura, pero la más interesante es la de Breviglieri, cuya excavación iniciara Caputo y continuó en 1946 Catanuso. Es de tres naves, con absidiolas laterales; en época avanzada añadiósele un cuerpo de edificación adosado a los ábsides y en el que hay el baptisterio con piscina de planta cruciforme lobulada. Los materiales arquitectónicos decorados y las inscripciones aisladas, son bastante numerosos en esta zona.

De las dos basílicas excavadas en el valle del Soffeggin, Chafagii Amer y Gasr Es-Suq el Oti, la más interesante es la de Chafagii Amer; fué descubierta en el siglo XIX y visitada por numerosas expediciones arqueológicas; es de tres naves y la especial disposición de su ábside hace suponer se construyera sobre la tumba de un mártir; los *diaconium* comunican con un cuerpo de edificio paralelo al ábside y en comunicación a su vez con el baptisterio, con piscina de planta cruciforme. Esta planta presenta ciertas semejanzas con la de la basílica de Gasr Es-Suq el-Oti.

Pese a que el propósito de los autores no es otro que el revisar el considerable material, fruto en parte de las excavaciones italianas, inéditas en su mayoría o no publicadas totalmente, no falta en este trabajo un estudio de las características arquitectónicas de las construcciones cristianas de Tripolitania y sus relaciones con el arte cristiano de Argelia y Túnez. Los autores señalan las dificultades que se presentan para este estudio; la principal es la insuficiencia de las publicaciones francesas; la relación es indudable, máxime si se tiene en cuenta que las sedes episcopales tripolitanas dependían de Cartago, a lo que pueden añadirse las íntimas relaciones geográficas, administrativas y militares, pero este estudio requiere una revisión cronológica de las basílicas de Argelia y Túnez. Por lo que a las basílicas prebizantinas conocidas en las ciudades costeras, de las cuatro tres corresponden a un tipo cuyo modelo es la "*Ecclesia Mater*", del Mosaico de Tabarka, prototipo de las basílicas norteafricanas y de las basílicas del Levante español; prototipo derivado, a su vez, de las basílicas del N. de Siria. Este tipo persistirá en el interior de Tripolitania a causa del aislamiento de este territorio, después de la ocupación bizantina. Única influencia de la ocupación bizantina en las basílicas del interior

fué la adición de baptisterios de tipo bizantino. Meras excepciones son la basílica número 2 de Leptis y la de Gasr Maamura. La planta trilobada es conocida en el Norte de Africa, pero este es el único caso conocido en Tripolitania, frente a los paralelos de Tebesa Kairouan, etc. La mayoría de las basílicas correspondían a núcleos y comunidades urbanas o rurales, pero los *Gasr*, equivalentes a los *castrí*, de cronología tardorromana o postromana, presentan edificios con notables semejanzas, p. e. Chafagi Aamer y Gasr Maamura e incluso en Breviglieri hay íntimas relaciones entre la basílica y el *gasr*.

Por lo que a las basílicas bizantinas se refiere, los ejemplares en las ciudades de la costa son tres: Sabratha número 2, Leptis número 1 y Leptis número 3. Se distinguen estas basílicas de las predecesoras por su rigurosa orientación absidal, por hallarse éste en el mismo plano que la nave; por el altar central, la arquitectura eclesiástica tripolitana del siglo VI sigue, al igual que sucede en Oriente, unas normas rigurosas, fruto de la estructuración del ritual litúrgico. Estas tres basílicas corresponden a los primeros tiempos de la ocupación bizantina; dos de estas nuevas basílicas incluyen un elemento claramente diferencial, la adición de un baptisterio, e igual sucede en el interior, donde al igual que en las basílicas pre-bizantinas de las ciudades costeras, se añade a la basílica un baptisterio. Esto es notable, porque el baptisterio jugó un papel muy importante en la litúrgica norteafricana; los baptisterios pre-bizantinos en Tripolitania son hasta ahora muy escasos (Sabratha número 1 y número 3, dudoso, Leptis número 4). Un aspecto interesante de las construcciones de este período es la riqueza de los ornamentos, que contrasta fuertemente con la pobreza de la técnica arquitectónica. Por ello, creen los autores que el vasto programa de Justiniano, por lo que a las construcciones eclesiásticas se refiere, no debe atribuirse al régimen teocrático, sino a un meditado plan destinado a fortalecer los lazos culturales entre el poder central y las provincias, de un modo análogo a lo que sucediera en el Alto Imperio, al estimular el culto de Roma y el Emperador.

Las características arquitectónicas, tales como la orientación, el presbiterio, los ambones y los baptisterios, son objeto de un estudio especial. Por lo que a la orientación se refiere, las basílicas pre-bizantinas tienen el ábside orientado hacia el W; las bizantinas están todas orientadas hacia el E, orientación que es la más frecuente en Túnez durante todos los períodos; pero, donde, no obstante, existen algunas basílicas orientadas hacia el W, orientación que en

Argelia es mucho más rara. Las basílicas con ábsides contrapuestos, Leptis número 1 y Sabratha número 1, son frecuentes en todo el Norte de Africa; las tres argelinas: Matifú, Orleansville, Tipasa, son funerarias; en Túnez hay, cuando menos, otras tres funerarias; en cuanto a las de Mididi y Henchir Goraad ez Zid, no han sido suficientemente estudiadas. En Sbeitla y Hr. Chigarnia, los dos ábsides son coetáneos; sólo en Thelepte es claro se trata de una adición posterior. Sin embargo, no debe olvidarse que en el caso de la basílica de Leptis el doble ábside es un puro "accidente", resultante de la adaptación de la basílica judicial y por tanto sin ningún valor como elemento para el estudio de este tipo de basílicas; más interesante es que en Sabratha este ábside secundario corresponda a un área cimiterial.

La existencia del presbiterio en las basílicas africanas estaba documentado por algunos textos, y asimismo, por los resultados de las excavaciones de Announa y Duogga, igualmente aparece en las basílicas tripolitanas Leptis número 1 y 2, Breviglieri, pero en las más no debió existir una disposición arquitectónica para la colocación de los sacerdotes, sino simplemente estructuras de madera. Los púlpitos sólo han sido hallados en iglesias de tipo bizantino: Sabratha número 2, Leptis número 1 y 3; sus tipos son, asimismo, bizantinos, comparables a los de la iglesia de San Menas y otro en Santa Sofía.

La evolución de la *prothesis* y el *diaconium* es interesante; sólo en Gasr Es-Suq se cumplen exactamente las disposiciones canónicas: *diaconium* en comunicación directa con el ábside, *prothesis* en comunicación directa con la nave. Un caso especial es la de la basílica de Breviglieri, con sus tres ábsides; es un tipo raro en toda la arquitectura paleocristiana, aunque existen algunos ejemplares, como la basílica de Kal'at Siman y Baalbek, únicos ejemplares anteriores a Justiniano conocidos.

De los once baptisterios conocidos, sólo dos, Sabratha números 1 y 3, son claramente pre-bizantinos; el resto, excepto el caso de la basílica número 4, de Leptis, es bizantino. Sólo dos: Leptis número 2 y 4, ocupan edificio propio; el resto forman parte de la basílica o han sido añadidos a ella. Las dos pilas bautismales pre-bizantinas son sencillas, pero interesantes; la difusión de los tipos de planta cruciforme y lobulada es bien conocida. En cuatro casos el baptisterio se instaló adosado al ábside, pero sólo en el caso de la basílica número 1, de Sabratha, puede explicarse esta disposición por simple comodidad; en el resto de los casos fueron necesarias

considerables alteraciones, esto si bien existen paralelos norteafricanos: Morsott, Mactar y Henchir Deheb, es excepcional.

Este es, en resumen, el estado actual de los conocimientos de las antigüedades cristianas en Tripolitania; este territorio no aporta, hasta ahora, bellos monumentos, pero ofrece una interesante tipología, en la que abundan tipos escasos en el Norte de Africa, o desconocidos, como la interesante basílica triabsidal de Breveglieri; la influencia del arte cristiano del Norte de Siria, tan manifiesta en Algeria y Túnez, lo es también Tripolitania; los últimos hallazgos conclusión de las excavaciones en la basílica número 3 de Leptis, y descubrimiento de otra nueva en la vía porticada o de las *columnas*, no aporta, por el momento, variaciones en el cuadro descrito. El temor a hacernos prolijos nos impide entrar en la descripción de los numerosos fragmentos escultóricos hallados, algunos de época cristiana, pero aún paganos, que se publican sumariamente en apéndice y que ofrecen un considerable interés.—A. BALIL ILLANA.

EL DESCIFRAMIENTO DEL MINOICO LINEAL B

La aparición en otoño de 1953 del tomo 73 del *Journal of Hellenic Studies* conteniendo, p. 84-103, un artículo titulado "Evidence for Greek Dialect the Mycenaean Archives" y firmado por M. VENTRIS y J. CHADWICK, ha venido a confirmar plenamente los rumores insistentes que circulaban desde junio de dicho año entre los arqueólogos y lingüistas interesados acerca del desciframiento del más moderno de los tres tipos de escritura que Sir Arthur Evans estableció en sus memorables excavaciones de Cnosos. Los epígrafes de la escritura minoica lineal B (en su inmensa mayoría tablillas de arcilla con inventarios, cuentas y recibos seguramente escritos en los meses que precedieron a la destrucción del palacio, notando los objetos y mercancías por medio de ideogramas, pero utilizando la escritura fonética en cuestión para nombres propios, otras palabras e incluso frases enteras) proceden, como es sabido, no sólo de Cnosos (Minoico reciente II, ca. 1400 a. C.), sino también de la Grecia peninsular, principalmente de Pilos de Mesenia, pero también de Micenas y de Tebas (Micénico III B, ca. 1300-1200 a. C.). La lengua en que este material epigráfico resulta estar escrito es griego, de tipo dialectal poco diferenciado todavía, pero visiblemente afin al arcadio-chipriota, conocido por inscripciones casi nunca anteriores al s. V a. C. Aunque sea susceptible de ulteriores precisiones y rectificaciones, la interpretación a que nos referimos (que viene a coronar varios años

de tenaz esfuerzo del joven arquitecto inglés Mr. Michael Ventris) reúne en conjunto —digámoslo desde ahora— todas las garantías exigibles (lectura de frases enteras con un sentido adecuado al que los ideogramas hacen esperar, lectura de topónimos y nombres propios conocidos, perfecta coherencia ortográfica y gramatical) y ha de ser por consiguiente calificada de definitiva.

Fácilmente se comprenderá la trascendencia de esta conquista, una de las más importantes de nuestro siglo en el dominio de las ciencias históricas, si se tiene en cuenta que la historia documentada de Grecia comienza, gracias a ella, 600 años antes, que ahora poseemos un griego muy anterior a los poemas homéricos y que este hallazgo puede tener repercusiones enormes en nuestro conocimiento de la prehistoria cultural y lingüística del Egeo y del Mediterráneo en general. Por ello, no podía ZEPHYRVS dejar de dar cumplida noticia de tan trascendental acontecimiento tratando de situarlo en el lugar correspondiente de la breve pero fecunda historia de estos estudios cretenses, en la seguridad de que el conocimiento sistemático del método seguido y de sus resultados podrá tener efectos estimulantes y aportar puntos de vista y elementos de juicio interesantes para la solución de otros problemas similares que en otras partes siguen desafiando a lingüistas y prehistoriadores.

1.—*Materiales.* El material epigráfico encontrado en Creta correspondiente a los tipos jeroglífico y lineal A, fué ya publicado en 1909 por el mismo Sir Arthur Evans (*Scripta Minoa* I, Oxford). Sobre esos datos y sobre otros materiales publicados esporádicamente se ha venido trabajando hasta hace muy pocos años. Pero desde 1939 varios hechos importantes se han sucedido con rapidez. En ese año, las excavaciones llevadas a cabo, bajo la dirección de K. Kuruniotis y C. W. Blegen, en Ano Englianos (cerca de Pilos de Mesenia, sin duda en el emplazamiento del palacio micénico de Néstor, el héroe homérico), obtuvieron más de 600 tabletas de arcilla, completas o fragmentarias, con inscripciones de ideogramas y de escritura lineal B, las cuales, debido a la guerra, fueron custodiadas en los subterráneos del Banco Nacional de Atenas, para protegerlas de posibles ataques aéreos. En 1945, G. Pugliese Carratelli publica las inscripciones en lineal A de Hagia Triada y las pocas procedentes de la Grecia peninsular (*Le iscrizioni preelleniche di Haghia Triada in Creta e della Grecia peninsolare*, Milán), de las cuales en 1948 aparece un índice directo e inverso debido a E. Peruzzi (*Aportaciones a la interpretación de los textos minoicos*, Barcelona, p. 91-133). En 1951, Emmet L. Bennett, Jr., publica, basándose en reproducciones fotográficas, los textos de Pilos, encontrados en 1939, en una trans-

cripción a pluma que prudentemente califica de "preliminar" por no haberla podido comprobar con un examen personal de las tabletas (*The Pylos Tablets. A Preliminary Transcription*, Princeton). En 1952 el material en lineal B procedente de Cnosos fué publicado en los *Scripta Minoa II*, al cuidado de Sir John L. Myres (Evans había fallecido en 1941). Por fin, la aparición de *A Minoan Linear B Index*, New Haven, 1953, cuidadosamente confeccionado por Bennett, hizo posible de un modo cómodo y eficaz la utilización de todo el material publicado del lineal B, el cual recibirá un notable incremento cuando sean accesibles a todos las 39 nuevas tabletas halladas por Wace en Micenas en 1951 y 1952, y las 300 encontradas por Blegen en Pilos en 1952.

2.—*Tentativas anteriores.* El problema que presentaba la interpretación de los textos cretenses y micénicos era doble. Se trataba de descifrar un sistema o tal vez sistemas de escritura desconocidos, utilizados para escribir una lengua o tal vez varias lenguas desconocidas también.

La incógnita de la lengua se trató de despejar con la hipótesis de que la de los textos cretenses (hasta hace poco los únicos conocidos) no era otra sino la del substrato pre-griego, cuyo conocimiento mediante el análisis de los elementos léxicos no indoeuropeos del griego, tanto había avanzado desde la obra fundamental y pionera de P. KRETSCHMER, *Einleitung in die Geschichte der griechischen Sprache*, Gutersloh 1896 (1). El parentesco con el etrusco y con lenguas anatólicas que parecen presentar esos elementos de substrato ofrecía en opinión de muchos una base suficientemente segura para el desciframiento. El supuesto era el mismo, aunque las ideas sobre el substrato pudiesen variar. Así últimamente, ese substrato ha sido identificado, mediante una serie de correspondencias fonéticas bastante claras y completas, como una lengua indoeuropea anterior al griego mismo (2).

(1) Puede verse una exposición de conjunto más al día en *Sprache*, del mismo autor, p. 144-157 de la trad. esp. por M. F. GALIANO y S. F. RAMIREZ (*Introducción a la lingüística griega y latina*, Madrid, 1946).

(2) V. GEORGIEV, *Vorgriechische Sprachwissenschaft I*, Sofia, 1941; cf. del mismo el resumen ceñido a etimologías más claras, en *Studia linguística* 2, 1948, p. 69-92. Esta tesis ha sido desarrollada por A. J. VAN WINDEKENS, *Le Pélasgique. Essai sur une langue indo-européenne préhellénique*, Lovaina, 1952. Para W. BRANDESTEIN, *Griechische Sprachwissenschaft I*, Berlín, 1954, p. 22 s., el pueblo portador de esta lengua penetró en Grecia en el período sub-micénico, hipótesis que tiene a su favor, aparte de otros indicios, cierta verosimilitud lingüística, ya que es difícil admitir un fonetismo tan evolucionado en fecha anterior a las primeras inmigraciones griegas.

La incógnita de los valores fonéticos de los signos se trató de despejar por un doble procedimiento. Por un lado se consideraba seguro que el silabario chiprota, utilizado incluso por los griegos de esa isla para escribir griego hasta la época de Alejandro Magno y ya interpretado en el pasado siglo, era un tenaz superviviente, en un rincón apartado y conservador, de los sistemas de escritura utilizados en el mundo egeo en el II milenio a. C. Según este principio, se establecieron semejanzas de forma entre signos chipriotas y minoicos A o B y se atribuyó a éstos el valor fonético del signo chipriota similar (3). Al mismo tiempo se recurría al método acrofónico, para el que el mismo fenicio ofrecía puntos de apoyo por analogía (el nombre de la A, *aleph*, significa "buey", cuya cabeza está en el origen de la forma de esta letra). Es decir, se admitía que de la escritura pictográfica se habría pasado a la silábica (que por analogía con la chipriota se suponía también la minoica) atribuyendo a un pictograma el valor fonético de la primera sílaba de la palabra del substrato con que en griego se designaba el objeto en cuestión. Así, el signo "trono" como pictograma habría designado originariamente al "rey", "soberano", cuyos nombres en griego no son indoeuropeos; el signo "trono" tendría en el sistema silábico el valor *ba* (-*sileús*) o *pa* (si se admitía que, como en chipriota, no había distinción de oclusivas sordas y sonoras). Por este mismo procedimiento el signo que parece ser una estilización de la doble hacha, fué leído *la* (-*brys*); el que se asemeja a una vasija alta y alargada con un asa fué interpretado *le* (-*kythos*) (4).

Los desciframientos así obtenidos han sido considerablemente dispares, como no podía ser menos, dado el carácter hipotético y variable de las bases de que se partía.

El orientalista checo Bedrich Hrozný, a quien se recuerda sobre todo por la memorable interpretación del hitita cuneiforme en 1916, ha tratado de desentrañar el enigma del minoico lineal B, después de varios estudios preliminares, en una extensa monografía aparecida en 1949 (5). Esperando encontrar una lengua indoeuropea idéntica al hitita jeroglífico, pero mezclada con elementos muy diversos, Hrozný no ha vacilado, para confirmar su *petitio principii*, en

(3) E. gr., E. SITTIG, *La nouvelle Chio* 3, 1951, p. 14, asigna valores fonéticos a 14 signos cretenses sobre la base de su identidad o semejanza con signos chiprotas. Sólo 3 de estos valores así atribuidos han sido confirmados con el desciframiento de Ventris.

(4) Estos tres signos han resultado tener como valores fonéticos *o*, *a* y *ki*, respectivamente.

(5) *Les inscriptions crétoises. Essai de déchiffrement*, Praga, 1949.

recurrir a un procedimiento sumamente arbitrario que utiliza pretendidas identidades de signos cretenses con otros chipriotas, hititas jeroglíficos, egipcios y de otros sistemas de escritura del Oriente Medio. Pero ni aun con valores fonéticos tan arbitrariamente asignados puede Hrozny proponer lecturas con sentido verosímil.

Por el método aplicado, apenas difiere de la de Hrozny, la interpretación intentada por C. D. Ktistópulos desde 1945 (6). Recurriendo al silabario chipriota, a la escritura egipcia, al alfabeto fenicio y al griego, Ktistópulos pretende leer topónimos y antropónimos en los textos del lineal B. Pero ni siquiera al mismo autor se le oculta el carácter puramente hipotético de esta empresa.

Por su parte, V. Georgiev, en 1949, (7) ha pretendido, con ayuda del silabario chipriota, encontrar en los textos minoicos la lengua indoeuropea pregriega que había logrado ya antes definir mediante un análisis fonético histórico del léxico griego, y que no sería sino un dialecto del hitita jeroglífico. Tampoco esta tentativa ha merecido crédito alguno. Georgiev opera con una libertad e inconsistencia que pocos pueden estar dispuestos a conceder en estos estudios en los que la coherencia sistemática es casi la única garantía.

Otro intento de interpretación se debe a E. Sittig, que ha publicado varios trabajos desde 1948. (8). Partiendo de la identidad del silabario chipriota y del signario cretense, y postulando al mismo tiempo la identidad de estructura de las lenguas eteochipriota y minoica, ha creído poder identificar signos minoicos con signos chipriotas, basándose en el orden de frecuencia de cada uno en cada sistema. No hace falta advertir que, aun admitida la doble hipótesis de partida, este método sólo puede dar resultados aproximativos; basta una ligera diferencia de estructura fonológica entre dos dialectos y, aun más, basta la simple diversidad de los textos sometidos a la estadística, para que se altere el orden de frecuencia de los signos.

3.—*El método interno combinatorio.* El camino que había de conducir al feliz éxito de Ventris fué iniciado por dos jóvenes especialistas norteamericanos, que introdujeron en este tipo de investigaciones un sano rigor metódico: Miss Alice E. Kober (fallecida prematuramente en 1950) y el profesor Emmet L. Bennett.

(6) E. gr. *L'énigme minoenne* en *Symbolae B. Hrozny I*, 1949, p. 520-424.

(7) *Le déchiffrement des inscriptions minoennes*, Sofia, 1949. Vid. también sus *Problèmes de la langue minoenne*, Sofia, 1953, en ruso con resumen en francés.

(8) E. gr. *Entzifferung der ältesten Silbenschrift Europas, der kretischen Linearschrift B.* *La nouvelle Clio* 3, 1951, p. 1-40.

Miss Kober, considerando que cada tipo de escritura constituye un sistema, postuló la necesidad de partir del estudio de uno solo, del lineal B, que era el que por la cantidad y naturaleza de los textos ofrecía mayores posibilidades de éxito, y negó como contraria al buen método y muy problemática toda identificación de signos del B con los de otros sistemas de escritura, aunque éstos sean minoicos o chipriotas: en la misma Creta, la autora negó que hubiese una relación clara entre signos lineales y signos pictográficos, lo que equivalía a negar uno de los dos postulados del método acrofónico aplicado a la escritura cretense. Pasando a la parte positiva, Miss Kober tiene en su haber un estudio del contenido de las tabletas que pudo examinar personalmente; reconoció los ideogramas; determinó el sistema numeral de pesos y medidas (a lo que el Profesor J. Sundwall, de Helsinki, ha hecho aportaciones sustanciales); definió con seguridad el sentido de la escritura (de izquierda a derecha) e identificó grupos de signos que precedían a la indicación numérica como fórmulas de totalización, en las cuales la variación del último signo garantizaba la naturaleza flexiva de la lengua. (9).

El Profesor Emmet L. Bennett, Jr., de la Universidad de Yale, New Haven, ha hecho un estudio puramente epigráfico de los signos para tratar de identificar las variantes con criterios puramente formales. El estudio de los grupos de signos (separados siempre por un pequeño trazo vertical) llevó a Bennett a concluir que la lengua escrita en el lineal B era la misma en Cnosos que en la Grecia peninsular. A este especialista americano se debe la edición de las tabletas de Pilos (citada en el apartado 1) en las que las tabletas aparecen clasificadas por sus signos ideográficos, unas estadísticas de la frecuencia de signos y grupos de signos (10), unas correcciones a *Scripta Minoa II* distribuidas particularmente, y el índice de lineal B ya mencionado.

4.—*El desciframiento.* Ventris, que llevaba ya algún tiempo dedicado al estudio de los textos minoicos y que distribuía a un reducido número de especialistas informes multicopiados sobre la marcha de sus investigaciones con objeto de recibir sugerencias (*Work Notes on Minoan Language Research*) intuyó en la prima-

(9) Vid. sobre todo su importante artículo *The Minoan Scripts: Fact and Theory* en el *Am. Journal of Arch.* 52, 1953, p. 82-103.

(10) Vid. sus *Statistical Notes on the Sign-Groups from Pylos*, *Minos* 1, 1951, p. 100-137. Cf. tb. las importantes observaciones estadísticas de K. D. KTISTOPULOS en *Platon* 5, 1953, p. 161-170.

vera de 1952 (*Note* 20 del 1 de junio) la posibilidad de que fuese precisamente el griego la lengua subyacente a los epígrafes en lineal B. A decir verdad, Ventris podía para ello basarse en los trabajos de varios arqueólogos que habían sido llevados a anticipar la fecha del auge de Micenas y de la decadencia de la talasocracia cretense, lo que hacía muy probable la hipótesis de que el último palacio de Cnosos (destruido definitivamente ca. 1400) fuese ya la morada de un príncipe aqueo y de que, por lo tanto, las tabletas B de Cnosos, procedentes de ese palacio, estuviesen escritas en griego (11). Por otra parte, desechada por razones evidentes la hipótesis de que las tabletas encontradas en la Grecia peninsular fuesen mercancía importada de Cnosos (se trata de tabletas de cuentas en su mayor parte), la hipótesis de Ventris era el mejor modo de explicar la evidente unidad de la lengua escrita en todo el lineal B (cf. *supra*), pues resultaba muy inverosímil el que la lengua cretense de Cnosos siguiese siendo empleada en la Grecia peninsular hasta 200/250 años después de la ruina total de la talasocracia cretense al ser conquistada la isla por los griegos micénicos ca. 1450 ó 1400. Estaba, pues, suficientemente justificado proceder al desciframiento del sistema de escritura operando con la hipótesis de trabajo de que la lengua era el griego, que era de esperar estuviese en un estado más arcaico que el conocido hasta entonces y que desde luego no debería participar de innovaciones dialectales dóricas, ya que llamada invasión dórica es posterior a la cronología de las tabletas.

Sobre esta base, Ventris y Chadwick comienzan haciendo una sistemática aplicación del método interno y combinatorio propugnado, y en parte desarrollado, por Miss Kober y el Profesor Bennett. Las etapas de su labor han sido sustancialmente las siguientes (con los naturales y necesarios tanteos, vacilaciones y rectificaciones):

1) El número de signos fonéticos (88) garantiza que se trata de un silabario, no de un alfabeto, para el cual unos 30 signos suelen ser suficientes, como ya se había visto antes.

2) Las estadísticas de las frecuencias de cada signo, de sus combinaciones y de su frecuencia en comienzo o en final de grupo, permiten sacar algunas inferencias en cuanto al valor fonético de los signos. Por ejemplo, aquellos signos que aparecen casi exclusivamente en inicial de grupo (= palabra) es de presumir que sean

(11) Cf. el resumen de H. KANTOR, *The Aegean and the Orient in the 2nd. Millenium B. C.*, *Am. J. Arch.* 51, 1947, p. 49-55. También el sumario de WACE, citado en el apartado 7.

vocálicos, ya que en interior de palabra una vocal no es notada casi nunca sola, sino combinada con la consonante que la acompaña e. gr. en chipriota *pa, pe, po*, etc.).

3) Reconocido ya el carácter flexivo por sufijación de la lengua por la alternancia del último signo de un mismo grupo (cf. supra) y determinado por los ideogramas, los signos numéricos y otras peculiaridades, el contexto aproximado de cada tableta, se pudo intentar una clasificación puramente combinatoria de los signos por sus valores, sin concretar sus equivalencias fonéticas. Si un grupo de signos aparecía varias veces alterando únicamente su último signo, era muy verosímil que estos signos que variaban tuvieran un mismo valor consonántico, pero distintos valores vocálicos (cf. latín *domi-no, domi-ni, domi-na*). Este proceder suponía unas normas ortográficas distintas de las del chipriota (el nominativo en -os se nota en chipriota -*o-se*; Ventris operó con la hipótesis de una ortografía -o que sugería el mismo material). Por otro lado, era de suponer que palabras que aparecen en contextos similares, como enumeraciones, estuviesen en la misma categoría gramatical y que por lo tanto muchas de ellas tuviesen la misma vocal. Así se establecieron afinidades de signos cuyo valor vocálico sería el mismo. La cuadrícula o casillero resultante de esta clasificación combinatoria ordenaba los signos de tal modo que los de una serie vertical contenían una misma vocal y los de una serie horizontal contenían el mismo elemento consonántico. El problema del desciframiento quedaba ya reducido a probar en ese casillero valores fonéticos experimentales para unos pocos signos: un valor *po* atribuido a un signo producía una "reacción en cadena", de suerte que implicaba un valor vocálico -o para la serie vertical y un valor consonántico *p-* para la horizontal. La verificación ofrecía así una garantía mucho mayor y sugería nuevos valores o bien invitaba a la rectificación.

4) Las lecturas obtenidas debían de dar un sentido adecuado al contenido previsto por los ideogramas, etc. de cada tableta. Además los grupos de signos comunes a las tabletas de todas las procedencias era de esperar que fuesen elementos gramaticales o de vocabulario común, en tanto que los atestiguados en tabletas de solo lugar serían verosímilmente nombres propios en su mayoría, sobre todo topónimos.

La atribución de valores fonéticos experimentales se basó en hipótesis sugeridas unas veces por el contexto, otras por hechos combinatorios, otras, en fin, por la semejanza de algún signo con otro del signario chipriota.

El resultado ha sido, como hemos anticipado, un impresionante desciframiento que ha permitido fijar valores fonéticos para 65 de los 88 signos del silabario B y leer ya una cantidad considerable de material, encontrando frases enteras adecuadas, nombres propios y series morfológicas que hacen que la posibilidad de error sea infinitamente pequeña (en algún caso de 1/1.000.000.000.000).

a	𐀀	a ₂	𐀁	e	𐀂	i	𐀃	o	𐀄	u	𐀅
ai	𐀆			je	𐀇			jo	𐀈		
ja	𐀉			we	𐀊	wi	𐀋	wo	𐀌		
wa	𐀍										
da	𐀎			de	𐀏	di	𐀐	do	𐀑	da ₂	𐀒
ka	𐀓			ke	𐀔	ki	𐀕	ko	𐀖	ku	𐀗
ma	𐀘			me	𐀙	mi	𐀚	mo	𐀛		
na	𐀜			ne	𐀝	ni	𐀞	no	𐀟	nu	𐀠
pa	𐀡	pa ₂ ?	𐀢	pe	𐀣	pi	𐀤	po	𐀥	pu	𐀦
				qe	𐀧	qi	𐀨	qo	𐀩		
ra	𐀬	ra ₂	𐀭	re	𐀮	ri	𐀯	ro	𐀰	ru	𐀱
sa	𐀲			se	𐀳	si	𐀴	so	𐀵		
ta	𐀸	ta ₂ ?	𐀹	te	𐀺	pte	𐀻	to	𐀼	tu	𐀽
				z?e	𐀾			z?o	𐀿		

Talla de valores fonéticos según *Ventris*

Lo que hace más lento el desciframiento es la imperfecta adaptación del sistema de escritura para la notación del griego, de modo que después de la transliteración es necesaria una interpretación para encontrar la realidad fonética de lo leído. No obstante, las normas de ortografía son coherentes y constantes. Lo más destacado es la omisión de *l*, *m*, *n*, *r*, *s*, cuando son finales o cuando en posición interior de palabra preceden a otra consonante; lo mismo suele ocurrir con *i*, segundo elemento de diptongo. Por lo demás, el silabario no parece distinguir las vocales breves de las largas, confunde *l*- y *r*-, que nota con una sola serie de signos; no nota las oclusivas sordas de las sonoras (salvo en el caso de las dentales, para las que cuenta con una serie *d*- y otra *t*-). Cuenta además con una serie para las antiguas labiovelares indoeuropeas, cuya evolución griega resulta ser notablemente reciente.

Las lecturas interpretadas lo son de frases de hasta 7 y 8 palabras, que

no son ciertamente frecuentes dada la naturaleza del material. Como es natural, los nombres de oficio son abundantes, casi todos ellos palabras compuestas. Los paradigmas flexivos tienen especial fuerza probatoria: nominativo Ἀρξοτας (*a-ko-so-ta*), genitivo Ἀρξοταο (*a-ko-so-ta-o*), Ἀμαρυνταο (*a-ma-ru-ta-o*), dativo παρο Ἀμαρυνταο (*pa-ro a-ma-ru-ta-o*). Entre los topónimos leídos figuran: Κνωσος (*ko-no-so*), Φαιστος (*pa-i-to*), Πυλος (*puro*). Entre los nombres de dioses están: Ἀθανα ποτνια (*a-ta-no-po-ti-ni-ja*), Ποσειδαων (*po-se-da-o*), Ἑρα (*e-ra*), ΔιΦει (*di-we*), ΔιΦωνσοιο (*di-wo-nu-so-jo*). Produce cierta emoción hallar nombres de varón como: Αχιλλευς (*a-ki-re-u*), Θησευς (*te-se-u*), ΑιΦας (*ai-wa*), ΑιΦολος (*ai-wo-ro*), Ἀλκμαιων (*a-ka-ma-jo*), Ἐκτωρ (*e-ko-to*), ἘτεΦοκλεΦηϊος (*e-te-wo-ke-re-we-i-jo*).

El desciframiento, cuyo proceso hemos expuesto, puede sin temor ser calificado de definitivo, lo cual no quiere decir que toda la tarea esté realizada. La investigación tiene todavía ante sí una ingente tarea, cuyos aspectos más importantes son seguramente los siguientes:

1.º Hallar el valor fonético de los 22 signos restantes, que por ser poco frecuentes no han podido ser interpretados en esta primera aplicación del método combinatorio.

2.º Comprobar, y en su caso rectificar, mediante mayor número de lecturas (de todo el material a ser posible), los valores fonéticos fijados por Ventris. Es posible que se encuentre una diferencia entre los signos provisionalmente tenidos por equivalentes.

3.º Interpretar la transliteración de los textos. Debido a la ortografía imperfecta, suelen ser varias las interpretaciones griegas formalmente posibles. No sería extraño que, sobre todo en los epígrafes de Cnosos, se analicen elementos de una lengua distinta del griego.

4.º Empezar de nuevo el desciframiento de las inscripciones en lineal A, que revelarán muy probablemente la lengua "minoica". Los numerosos signos de B que continúan signos del sistema A en su forma gráfica —y, es de esperar, también en su valor fonético— constituyen una buena base de partida.

5.—*Perspectivas*. Las posibilidades que quedan abiertas con este desciframiento son realmente enormes y lo serían aun más si se tuviese la fortuna de encontrar textos rituales, crónicas históricas, archivos oficiales, como ha sucedido en otras partes del Oriente Medio. Sin esperar a ese momento (que quizás no llegue nunca), la lingüística cuenta ya con datos de inapreciable valor para estudiar la historia del griego en el II milenio; a pesar de lo deficiente de

la notación, la lectura de las tabletas permitirá bosquejar el mapa lingüístico de Grecia antes de la invasión doria (Cnosos, Pilos, Micenas, Tebas). La historia posee ya un precioso material para completar su estudio de la cultura y de la economía. En lo que se refiere a la epigrafía, es seguro que el desciframiento del minoico B señala el comienzo de una nueva fase en la investigación de las escrituras mediterráneas y del Asia anterior. Es cierto que las escasas equivalencias de signos entre el lineal B y el chipriota son poco alentadoras y que, por otra parte, el minoico B se encontraba en unas condiciones especialmente favorables (o, al menos, así lo parece ahora, después de haber sido descifrado): gran cantidad de textos para permitir el empleo de la estadística y del método combinatorio, conocimiento muy aproximado del contenido de cada tableta gracias a los signos ideográficos y otros indicios; lengua subyacente que ha resultado ser una de las mejor conocidas. Pero parece razonable pensar que el conocimiento del minoico B afectará no sólo al estudio del minoico A, indirectamente, al del minoico y del hitita jeroglíficos, sino también, aunque mucho más indirectamente, al de nuestras inscripciones tartesias. En suma, toda la protohistoria del Mediterráneo sacará ventajas de este desciframiento, lo cual es tanto más de esperar cuanto que los descubrimientos de los últimos años están mostrando la gran difusión de los elementos micénicos hacia Oriente y Occidente.

6.—*Algunas deducciones.* Aparte de la confirmación de la teoría de algunos arqueólogos sobre la ocupación de Creta por los griegos antes de la fecha generalmente admitida (1.400 a. C.), lo que permite concluir que el silabario B es el producto de una reforma del A hecha por los griegos, el desciframiento de Ventris permite ya establecer algunos hechos lingüísticos e histórico-culturales que confirman o rectifican teorías anteriores.

En el artículo citado del *JHSt*, los autores observan ya, por ejemplo, que la lectura de la palabra *ku-ru-so-jo*, que ha de ser interpretada *χρυσόιο* "oro", obliga a cambiar la idea de que este semitismo fué introducido en griego por los fenicios hacia los siglos XI-IX a. C. La lista de nombres de persona, que nosotros conocíamos por la leyenda heroica, pudiera ser, como apuntan los autores, una confirmación de la tesis de Nilsson sobre el origen micénico de aquélla, siempre que se admita que el uso de dichos nombres resulta de la popularidad de los héroes.

El nombre del dios Dionisio puede sorprender, ya que se suponía generalmente que esta divinidad había sido introducida desde

Tracia en la época arcaica. Pero la existencia de ese dios en el Panteón micénico no es incompatible con la corriente religiosa tracia, a la que sin duda debe el dios su culto orgiástico.

El hecho de que en el índice del minoico B de Bennett no se encuentren lecturas que puedan equivaler al nombre de Artemis, puede verse en cierto modo una confirmación provisional y *ex silentio* de mi teoría sobre el origen dorio-ilirio del nombre de esta diosa (*Emerita*, 15, 1947, p. 1-60; *ZEPHYRVS* 2, 1951, p. 89-96).

El dialecto leído parece ser del tipo arcadio (aunque en una fase más arcaica, como es natural) a juzgar sobre todo por ciertos casos de o por a, lo que *grasso modo* está de acuerdo con la extensión por las costas del Peloponeso que se atribuía al arcadio (ya que de otro modo no se explicaría el parentesco estrecho que tiene el chipriota con él). Pero precisando más, este resultado es más bien inesperado, ya que se daba generalmente crédito a la tradición antigua (referida ya en el siglo VI a. C. por Mimnermo de Colofón, fragm 12, Diehl 3.^a ed.), según la cual los jonios de Colofón procedían de Pilos. Sería prematuro, en tanto no se posean más datos, considerar esa tradición como una genealogía ficticia de un tipo que ciertamente no era raro, o sacar ya deducciones sobre la formación mixta de la estirpe jonia. En un pequeño detalle morfológico, notemos que muy probablemente el final verbal *-to* ha de ser interpretado *-toi* en Eb35, 1 (Pilos) *i-je-re-ja e-ke-ge e-u-ke-to-ge e-to-ni-jo e-ke-e te-o: ίερεια εχει κ^wε εϋχετοι κ^wε ε-to-ni-jo εχεν θεω* donde *εϋχετοι* sería un presente como *εχει* que precede. Las desinencias del tipo *-tai* no se atestiguan al parecer. Todo ello apoyaría en cierto modo la antigüedad indoeuropea que sostengo para las desinencias del tipo *-toi* en *Emerita* 20, 1952, p. 8-31.

También sería precipitado rechazar, a la vista del griego que se lee en el minoico B, la teoría del "pelásgico" de Georgiev y Van Windekens, lengua indoeuropea anterior al griego, a que nos hemos referido más arriba.

7.—*Bibliografía sumaria.* Una introducción al estudio de las inscripciones cretenses se encuentra en el libro de nuestro malogrado compatriota BENITO GAYA NUÑO (fallecido en febrero de 1953), *Minoika, Introducción a la epigrafía cretense*, Madrid, 1952. Desgraciadamente la obra fué terminada en 1947, por lo que el panorama que presenta es anterior a la mayoría de los avances descritos en esta nota informativa.

Un órgano internacional de estos estudios es la serie de cuadernos *Minos*, publicados bajo la dirección de A. Tovar y E. Peruzzi

como parte de las "Theses et studia philologica Salmanticensia". Hasta ahora han aparecido tres fascículos.

Util en extremo es la bibliografía de E. PERUZZI en *Minos* II, 2 (a punto de aparecer). De gran valor es la bibliografía crítica de L. DEROY, *Revue hittite et asianique* 8, 1948, fasc. 47, p. 1-39 y 9, 1951, fasc. 53, p. 35-60. Sobre problemas de sustrato pregregio, vid. M. LEJEUNE, *Linguistique préhellénique*, *Rev. Et.* 49, 1947, p. 25-35; cf. E. LAROCHE, *Problèmes de linguistique asianique*, *Conférences de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris* 9, 1949 (1950), p. 65-93. De interés general es el *Forschungsbericht*, de FR. SCHACHERMEYR, *Die ägäische Frühzeit (Kreta und Mycenai)*, *Anzeiger für die Altertumswissenschaft* 4, 1951, c. 5-30, y 6, 1953, c. 193-232. Vid. también el sumario de A. J. B. WACE, *The History of Greece in the third und second Milleniums B. C.*, *Historia. Zeitschrift für alte Geschichte* 2, 1953, p. 74 ss. (firmado en Alejandria en marzo de 1951).

Los juicios de especialistas publicados hasta ahora aceptan casi sin reservas el desciframiento de Ventris. Así FR. SCHACHERMEYR, *art. cit.* 6, 1953, c. 198 en una breve nota añadida en pruebas.

También A. FURUMARK, *Aegäische Texte in griechischer Sprache*, *Eranos* 51, 1953, 103-120 (continuación en el próximo fascículo de la revista).—MARTIN S. RUIPEREZ.

BREVES IMPRESIONES ARQUEOLOGICAS DE UN VIAJE A SUDAMERICA

Un reciente y rápido viaje a Santiago de Chile, Buenos Aires y Montevideo, nos ha permitido ponernos en contacto con los núcleos de investigadores de dichas ciudades y recoger algunas impresiones que creo no será superfluo dar a conocer.

En primer lugar, es evidente que existe un interés extraordinario y muy difundido por los temas de Prehistoria. En las conferencias que pronuncié y en las gentes que se me acercaron, observé que existe en aquellos países el mismo interés que en Europa por estas cuestiones. Y que los problemas generales de la Prehistoria interesan, tal vez más que en otros países americanos, donde existe una arqueología nacional considerable.

Sobre todo observé nutridos grupos de jóvenes estudiantes que desean venir a Europa, a estudiar, y que sienten pasión por la Prehistoria. En Santiago de Chile existen dos Museos con colecciones

interesantes, aparte colecciones particulares, algunas tan notables como la del profesor Lipschitz. Uno de ellos es el Museo Histórico, que contiene series arqueológicas y etnográficas, que van desde los fueguinos hasta los concheros del extremo norte. Otro es el Museo de Historia Natural, donde, además de las salas y laboratorios propios de la materia, existe una sección arqueológica-etnográfica, al frente de la cual se halla la señora Grethe Mostny, que ha realizado excavaciones recientemente en yacimientos septentrionales. Las colecciones están aquí en reinstalación, mostrando excelente programa.

En Buenos Aires se adivina en seguida la existencia de numerosos arqueólogos y etnólogos, con presencia en la Universidad. En mi breve estancia tuve sólo ocasión de visitar repetidamente el Museo Etnográfico, dependencia de la Facultad de Filosofía y Letras y que se halla bajo la dirección del famoso etnólogo don José Imbelloni. Una conferencia mía sobre los progresos de la Prehistoria española en los últimos años, reunió allí un grupo de destacados investigadores, a los que acompañaba buen número de jóvenes alumnos y aficionados. Ello me dió idea del intenso interés que en esa magnífica urbe existe para nuestra ciencia. Pero aquí había de ver lo más notable de mi viaje: los hallazgos del Profesor Menghin, a los que aludiré después.

Por último estuve en Montevideo, donde no creía encontrar interés alguno por estos temas. Quedé sorprendido por el entusiasmo con que labora una Sociedad de Amigos de la Arqueología, dentro de la cual un grupo de jóvenes intenta pasar nuestra ciencia a un primer plano de actividad. Con ella visité los restos de un poblado charrúa: simples vestigios de fondos de cabaña cercanos al mar, con numerosos sílex y piedras talladas. Todo hace preveer un futuro halagüeño para estos estudios en el Uruguay, al igual que en la República Argentina y Chile.

Pero el mayor interés actual del viaje consistió en el examen de los materiales descubiertos en cuevas de la Patagonia por el Profesor Oswald Menghin.

Como es sabido, el ilustre profesor de Viena, reside desde hace unos años en la República Argentina y profesa sus enseñanzas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad bonaerense. De su actividad científica en los últimos años son testimonio varios notables artículos que en algún caso han levantado gran polvareda.

A partir de enero de 1951, como nos cuenta el profesor O. Meng-

hin (*Runa*, V, 1952, pág. 23), ha realizado tres expediciones a la Patagonia meridional. Hemos de resaltar el valor que la tradición arqueológica, excavatoria europea tiene para propiciar nuevos estudios en suelo americano, único medio de salir del *impasse* que durante años ha sido la pesadilla de los americanistas. De este *impasse* se está saliendo en Norteamérica y Centroamérica. Gracias a Menghin y a quienes han hecho posible su labor desde la dirección de la Facultad y el Museo, se ha dado el primer paso adelante en la Arqueología sudamericana.

O. Menghin ha realizado tres expediciones y prepara una cuarta en la actualidad. Durante las mismas ha recorrido extensas comarcas y visitado numerosas estaciones, concheros y cuevas. Pude examinar parte de sus fotografías y gráficos y del material pétreo recogido.

Me fijaré en dos aspectos de su labor sobre los que acaba de publicar sendos artículos en la revista *Runa* (*Fundamentos cronológicos de la Prehistoria de Patagonia*, *Runa* V, 1952, pág. 23, y *Las pinturas rupestres de la Patagonia*, pág. 5).

Aunque se conocían ya pinturas rupestres en Patagonia, Menghin ha descubierto otras, las ha sistematizado y las ha dado una cronología. Las pinturas pueden dividirse en motivos de manos, generalmente en negativo y raras pies; figuras humanas (disfrazadas muchas veces) y animales; motivos geométricos y simbólicos.

Menghin distingue en ellas un grupo antiguo, otro mediano y otro reciente. La gran novedad consiste en que basado en sus descubrimientos líticos y en las superposiciones de pinturas, supone que su grupo antiguo es del final del Paleolítico y se debería a los cazadores salidos del foco asiático central de raza protoeuropoide.

Decisivos parecen ser sus hallazgos arqueológicos realizados en diversos yacimientos patagónicos, en especial terrazas marinas con concheros y cuevas. Estas últimas son de importancia extraordinaria, pues por vez primera se nos da el resultado de excavaciones estratigráficas para Sudamérica. Las cuevas de los Toldos, a unos 200 km. al Sudoeste de Comodoro Rivadavia, han resultado las más expresivas por su estratigrafía. En ellas se encuentra una industria de piedra de tipo arcaico debajo de una capa de depósito fluvial estéril. Menghin supone a la cultura que llama *Toldense*, contemporánea del magdalenense final y posiblemente precedida de industrias encontradas en terrazas marinas (*Oliviense*, *Solanense*). Las fases posteriores de dichas cuevas se incluyen en el llamado *Casapedrense*.

Pudimos examinar el material de dichos yacimientos y nos impresionó el aspecto europeo que nos lo haría clasificar entre nosotros como de un paleolítico superior arcaizante, con presencia clara de técnicas levaisomusterienses, Y si la capa pluvial que recubría estas industrias corresponde, como Menghin me exponía, al último estadio del Würm, el *Toldense* tendría una antigüedad perfectamente asegurada.

Se impone inmediatamente la comparación con los hallazgos del Sur de los Estados Unidos y Méjico, especialmente los de Ixtapan, todos coincidentes en hacer al hombre americano más antiguo de lo que se había supuesto. Nos vino a la memoria la frase que oímos a De Terra, el año anterior en Méjico, de que podíamos esperar incluso la presencia del hombre musteriense en América.

Todo ello une a la vieja población americana con la euroasiática del paleolítico superior, y abre nuevos y amplios horizontes a problemas que parecían sin solución.

Hemos de felicitar a nuestro querido colega el profesor Menghin por sus brillantes descubrimientos. Su cuadro de correlación de los niveles sudamericanos con los episodios geológicos e industriales europeos, es tal vez en exceso ambicioso. Pero señala el camino, y sin duda en los próximos años, pensando en el gran número de jóvenes entusiastas que he conocido durante mi breve viaje, no puedo dejar de tener absoluta confianza en que el esquema se perfeccionará y completará.—L. PERICOT.

EL ENIGMA DE PILTDOWN, SOLUCIONADO

Como ocurre con todos los descubrimientos prehistóricos o arqueológicos sensacionales, y más si envuelven un matiz de conflicto escándalo, la prensa de todo el mundo ha divulgado hace pocas semanas la noticia de haberse descubierto que en los famosos restos de Piltdown había una parte falsificada. Conviene puntualizar lo ocurrido.

Como es sabido de cuantos se han interesado por los problemas de la Paleoantropología, se ha discutido durante muchos años sobre el exacto valor de los restos que Dawson dió a conocer en 1912, junto con Smith Woodward, a los que se añadieron en 1915 otros fragmentos. En 1952, Vallois reconoce que tras los análisis del contenido en fluorina de los huesos publicados por Oakley y Hoskins (*New evidence on the Antiquity of Piltdown*, *Rev. Nature*, 11 mar-

zo de 1950, vol. 165, pág. 379), el problema parece solucionado al afirmar dichos autores que los fragmentos de bóveda craneana y de mandíbula eran contemporáneos y que debían pertenecer a un pleistoceno superior.

Pero estas conclusiones eran precipitadas. Resultaba tan raro que ningún otro cráneo conocido de dicha época avanzada tuviera una mandíbula tan simiesca, que J. S. Weiner sugirió que pudiera tratarse de una falsificación. Volvió Oakley, con Weiner y Le Gros Clark, a estudiar los originales y practicar nuevos análisis, y la falsificación ha quedado demostrada (J. S. Weiner, K. Oakley y Le Gros Clark. *The solution of the Piltdown problem. Bull. British Museum. (Nat. Hist.), Geology, vol. 2, n.º 3, 1953, págs. 141-146.*)

Se ha comprobado que los dientes habían sido aplanados artificialmente, desgastándolos; la mandíbula de Piltdown 1 y el fragmento de occipital de Piltdown 2, recibieron una pátina artificial, lo que les dió el aspecto más semejante del que originariamente poseían, con los fragmentos de cráneo que tenían una pátina ferruginosa.

Por último, se han vuelto a analizar las piezas conservadas, con métodos más perfectos. El resultado ha sido el siguiente:

Por su contenido en fluorina los restos conservados se dividen en dos grupos: El grupo antiguo comprende el trozo de cráneo de Piltdown 1, con 0'1 % de fluorina y 1'4 % de nitrógeno, y el fragmento de frontal de Piltdown 2 (probablemente del mismo cráneo), con 0'1 % de fluorina y 1'1 % de nitrógeno. Estos restos pertenecen al pleistoceno superior, pero ya muy avanzado, como lo hace suponer la proporción elevada de substancia orgánica que contienen.

El grupo moderno lo forman la mandíbula (0'03 % de fluorina y 3'9 % de nitrógeno), molar (0'04 y 4'3, respectivamente) y el canino (0'03 y 5'1, respectivamente de Piltdown 1 el molar de Piltdown 2 (0'01 % de fluorina y 4'2 % de nitrógeno). El fragmento occipital de Piltdown 2 debe ser moderno, pero de otro individuo, pues su fluorina es 0'03 % y su nitrógeno 0'6 %.

¿Qué consecuencia tendrá el derrumbamiento del famoso *Eoanthropus Dawsoni*? Para algunos profanos será un episodio más, que les hará sonreír ante las afirmaciones y las seguridades de los prehistoriadores. Para los entendidos, significa un aviso de que no deben extremarse las deducciones cuando los elementos de que se dispone son incompletos. Y esto se refiere, sobre todo, a las

piezas antropológicas. Significa, además, que con los medios de análisis modernos no puede tener éxito una falsificación.

Para las teorías evolucionistas, la conclusión a que han llegado Oakley y sus colaboradores elimina un obstáculo, un elemento que no encajaba en las explicaciones posibles y parece dejar más claro el proceso de evolución de la mandíbula desde los australopitécidos hasta *el Homo sapiens*. Este último sería, como quería Weidenreich, de aparición tardía. Véase en este sentido la crítica de S. L. Washburn (*The Piltdown Fossil*, en *American Anthropologist*, vol. 55, dic., 1953., pág. 759), para el cual, en vista de la experiencia del caso de Piltdown, hay que considerar incompletos e inutilizables los fragmentos de Swanscombe y Fontchevade.

L. PERICOT.

LA LINGÜÍSTICA Y LA POBLACION DE AFRICA DEL NORTE.

Werner Vycichl publica en el *Journal of Near Eastern Studies*, XI p. 198-204, un estudio sobre los restos púnicos que perviven en el bereber. El artículo es de gran interés para los lingüistas, pero quisiéramos señalar a los arqueólogos que el autor se inclina resueltamente a dar a las lenguas camíticas un origen asiático, al considerarlas como la primera oleada que Africa septentrional ha recibido de Asia occidental. Tras las lenguas camíticas que constituyen hoy todavía los dialectos bereberes y el tuareg, se señalan, como tres repeticiones en el mismo sentido, el fenicio, el hebreo de las colonias judías, y finalmente el árabe, al que sólo los restos de la primera oleada han resistido.—A. T.

Crónica de Congresos

PRIMER CONGRESO ARQUEOLOGICO DEL MARRUECOS ESPAÑOL, Junio, 1953.

Durante los días 22 al 26 del pasado junio se celebró en la ciudad de Tetuán el primer Congreso Arqueológico del Marruecos Español, convocado por el doctor don M. Tarradell, Director del Museo Arqueológico de Tetuán y del Servicio de Excavaciones de Marruecos Español, y con el valioso apoyo de S. E. el Alto Comisario de España en Marruecos.

Después de la solemne sesión inaugural y la recepción ofrecida a los congresistas en la Delegación de Educación y Descanso y Cultura, se giró por la tarde una detenida visita al Museo Arqueológico de la ciudad, dirigida por el profesor Tarradell, quien con su entusiasmo y actividad ha hecho posible este Congreso. El Museo, cuyo material procede en su totalidad de excavaciones realizadas en el suelo marroquí, ofrece, en su todavía reducidas dimensiones, una visión bastante completa del arte púnico y romano; interesantes los bronceos de tradición helenística, la abundante cerámica púnica y terra sigillata y los bellos mosaicos, así como el monetario, en el que se ve la gran riqueza de la numismática mauritana.

Se celebraron cuatro sesiones de trabajo, consistentes en las lecturas de ponencias, con la intervención de los señores congresistas, estando entre éstos figuras muy destacadas en el mundo arqueológico: Dres. Pericot, García y Bellido, Almagro, Beltrán, Jordá, etc., entre los peninsulares, y Balut, Etienne, Marconi, etc.

La parte más interesante del Congreso fueron las numerosas visitas efectuadas a los lugares de excavaciones. Se visitó la antigua ciudad de Lixus, situada en la parte alta de una colina, junto al río Lucus, con una importante fábrica de salazones, de amplias dimensiones en su parte baja. En las excavaciones y sondeos realizados en la ciudad, comenzados por el señor Montalbán y continuadas desde 1948, por el señor Tarradell, se ha puesto de manifiesto que sólo puede documentarse arqueológicamente a partir del siglo IV a. C., como colonia púnica, aunque su existencia anterior esté documentada en fuentes clásicas.

También se efectuó una visita a las ruinas de Tamuda, que con Lixus son los dos yacimientos más importantes de la cultura púnico-mauritana. Tamuda, situada sobre una plataforma bordeada

por el río Martín, tiene dos partes fundamentales: una ciudad prerromana fechable, por el material recogido, en el siglo III a. C. y que llega a nuestra Era y un corto período imperial, cuya fundación remonta a fines del siglo II d. C. y que ha proporcionado abundante sigillata clara y monedas del Bajo Imperio.

Continuando la serie de excursiones, los congresistas tuvimos ocasión de ver otros yacimientos de época púnico-mauritana de menos importancia que los anteriores: Es el caso de la ciudad de Sidi Abdeslam del Behar y de Emsa; y un tipo de tumba norteafricana indígena, llamado Túmulo de Mezora, que con seguridad sirvió como tumba de algún reyezuelo. Impresionante por sus grandiosas proporciones (54 metros diámetro en dirección Norte-Sur y 58 en la de Este-Oeste) y su buen estado de conservación; el yacimiento prehistórico de las cuevas de Hércules, junto a Tánger, y un yacimiento romano próximo a éste.

El Congreso fué clausurado con una brillante sesión, en la que intervinimos los congresistas de las distintas naciones representadas en el Congreso, por el secretario del mismo, señor Tarradell, y con un discurso de S. E. el Alto Comisario, general García-Valiño, que ha lanzado la iniciativa de crear una revista de investigaciones marroquíes, cuya publicación creemos necesaria para la difusión de los interesantes problemas y aspectos del Maruecos Español.—
A. SERRANO-C. GIL y B. BRAVO.

CONGRESO INTERNACIONAL DE NUMISMÁTICA. París, 1953.

Del 6 al 11 de julio del pasado año se celebró en París el Congreso internacional de Numismática al que asistió una nutrida representación española que da buena idea del interés creciente en España por los estudios numismáticos.

No se llegó a un acuerdo sobre el lugar de la próxima reunión ni de la fecha, pero se eligió un Comité internacional que se encargará de resolver las cuestiones pendientes. El nuevo Bureau ha quedado constituido de la siguiente forma: Presidente, Jean Babelon (París); vicepresidente, C. H. V. Sutherland (Oxford); secretario, H. E. van Gelder (La Haya); ídem adjunto, O. Gil Farrés (Madrid); tesorero, C. Martin (Lausana); asesores, D. Schwarz (Zurich), W. Havernick (Hamburgo), G. C. Miles (Nueva York).—
O. G. F.

III CONGRESO ARQUEOLOGICO NACIONAL.

GALICIA, Julio, 1953.

Durante la segunda quincena del pasado mes de julio, tuvo lugar la tercera Sesión del Congreso Arqueológico Nacional (que se reúne cada dos años, el primero fué en 1949 en Almería, y el segundo en 1951, en Madrid).

El marco elegido era la región del noroeste peninsular y tema central lo constituía la arqueología céltica del noroeste, aunque se aceptaron comunicaciones sobre la romanización de Galicia y temas generales.

El Congreso, en lugar de centrar su actuación sobre un solo lugar, prefirió recorrer la totalidad de las provincias gallegas con lo que se ofreció una oportunidad única a sus participantes de conocer a fondo esas tierras tan ricas como desconocidas del noroeste hispanico.

Se visitaron detenidamente los Museos de Orense, Lugo y Pontevedra, en el que se admiraron las ricas y bien expuestas colecciones de joyería que constituyen un conjunto verdaderamente único. El Museo de Pontevedra, convertido por el dinamismo de su director Filgueira Valverde en una magnífica institución investigadora, causó verdadera sensación y no se regatearon elogios por parte de los congresistas a las autoridades provinciales que han hecho posible tan maravillosa realidad.

Santiago, por su tradición universitaria, se convirtió en sede del Congreso, aunque se lamentó vivamente que no constituyera la ciudad rectora de la investigación arqueológica gallega, que su tradición universitaria parece exigir. Se visitó también La Coruña y Vigo, siendo objeto todos los congresistas de las más delicadas atenciones por parte de las autoridades provinciales y locales.

El congreso, que puede calificarse ciertamente de nómada, visitó innumerables yacimientos prehistóricos, destacando la inolvidable visita a Santa Tecla, cuya maravillosa situación no tiene par.

Como colofón, se efectuó una excursión a Portugal, celebrándose sesiones científicas en Braga; se visitó Guimarães con su magnífico Museo Martins Sarmiento; la citania de Briteiros, Oporto y el castro de Santa Luzia en Viana. Los congresistas fueron colmados de atenciones por los colegas portugueses y las autoridades del país hermano, que se desvivieron por hacer grata y agradable la estancia, desgraciadamente demasiado breve, a estas maravillosas tierras.

De regreso a España el Congreso fué clausurado en solemne sesión celebrada en Vigo, tomándose el acuerdo de celebrar su próxima se-

sión de 1955 en la ciudad de Cádiz, a propuesta del Ayuntamiento de aquella ciudad, que se comprometió por su parte a atender de un modo decoroso durante estos dos próximos años las instalaciones arqueológicas del Museo Provincial.—M.

III CURSO DE TECNICA ARQUEOLOGICA EN JACA, Agosto, 1953.

Como en años anteriores, ha vuelto a celebrarse en éste el Curso de Técnica Arqueológica de la Universidad de Zaragoza, durante los días 26 de agosto a 6 de septiembre, patrocinado por la Facultad de Filosofía y Letras, con el apoyo de la Escuela Militar de Montaña y del Instituto de Estudios Pirenaicos, y bajo la dirección del profesor de Arqueología de Zaragoza, doctor Beltrán Martínez.

Las lecciones han sido desarrolladas por los profesores Maluquer de Motes (Salamanca), Tarradell (Museo de Tetuán), Reusch (Museo de Tréveris), Beltrán Villagrasa (Valencia), Woods (New York) y Beltrán Martínez.

El doctor Maluquer expuso en seis lecciones los problemas "célticos" en la Península, dando cuenta de los más recientes descubrimientos en Cortes de Navarra, Cabezo de Monleón de Caspe y otros. Explicó detalladamente las excavaciones y las piezas por él encontradas en Cortes, la disposición de las casas y una síntesis de los demás problemas.

El doctor Tarradell trató en sus lecciones de los conocimientos actuales de Arqueología púnica. Dividió la materia en dos partes: una referente a la dominación de los fenicios y cartagineses en el Mediterráneo y otra dentro de España, dando gran amplitud a la primera por la importancia que tiene para el establecimiento de este pueblo en la Península Ibérica. Expuso detalladamente la situación y planta de los poblados costeros africanos, así como las necrópolis, en especial las de Cartago. Para finalizar, expuso la ocupación de Hispania por este pueblo y describió las ciudades y territorios que fundaron y poseyeron.

Distinto carácter tuvieron las conferencias del doctor Reusch, quien habló de Germania romana, de sus vicisitudes; así como de Tréveris y sus monumentos y de la organización y colecciones de los Museos renanos.

El doctor Beltrán Villagrasa dió sus lecciones sobre Epigrafía romana. El doctor Woods habló de los problemas de datación de los monumentos por el estilo artístico. Y finalmente, el doctor Beltrán Martínez completó el cursillo con lecciones sobre Problemas

ibéricos (cerámica, lengua, alfabetos), Numismática y cuestiones de método y técnica arqueológica aplicadas a diversas épocas y yacimientos: Cabezo de Monleón de Caspe, cerámica excisa; poblado de Fuentes de Ebro, esculturas de Zaragoza y otros materiales.

Los cursillistas fueron quince en total, procedentes de Madrid, Zaragoza, Bilbao y Teruel, trabajaron además en sesiones prácticas y realizaron excursiones complementarias a los dólmenes de Guarrinza y a otro descubierto en Sierra Guara y aún inédito; así como a los monumentos románicos de la región de Jaca (San Juan de la Peña, Santa Cruz de la Serós, Siresa) y a la vía romana de Candanchú y Somport.

El Curso se inició con parte de los cursillistas en las excavaciones del Cabezo de Monleón, de Caspe, además de realizar visitas a los monumentos de Miralpeix y Fabara y pronunciar una conferencia sobre "Caspes y la Prehistoria", el doctor Beltrán, y se cerró con otra conferencia solemne, que clausuraba las tareas de la Universidad de Jaca, del doctor Beltrán.—M. BESPIN.

*PRIMER CURSO INTERNACIONAL DE ARQUEOLOGIA
DE CAMPO. - GRANADA, Septiembre, 1953.*

Los cursos Internacionales de Arqueología de Campo, creados por O. M. de 22 de julio de 1952, son fruto de las conclusiones elevadas al Excelentísimo Señor Ministro de Educación Nacional por la II Asamblea Nacional de Comisarios de Excavaciones Arqueológicas, con el objeto preferente de perfeccionar la técnica de éstos, de un modo práctico y efectivo, poniéndolos simultáneamente en contacto con especialistas extranjeros y sus métodos de trabajo.

La organización del Curso ha corrido a cargo de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, con el apoyo extraordinario de la Dirección General de Bellas Artes y de la Dirección General de Relaciones Culturales, estableciéndose un número reducido de plazas, indispensable por el especial carácter de los trabajos a realizar (1). El punto escogido para celebrar el Curso fué la provincia de Granada —yacimiento inmenso de todas las épocas—, con la capital como punto de residencia. El aspecto práctico del alojamiento fué resuelto con la ayuda de la Universidad de dicha ciudad, que lo facilitó confortablemente en el Colegio Mayor Univer-

(1) Fué Director del Curso el Comisario General Prof. Martínez-Santa Olalla y Secretario la Srta. Joaquina Eguaras, Directora del Museo Arqueológico de Granada.

sitario Isabel la Católica, en cuyo salón se celebraron también las sesiones de trabajo.

El total de asistentes efectivos fué de treinta y cinco. De ellos once fueron los siguientes profesores extranjeros: *Alemania*, profesor Ernst Sprockhoff, de la Universidad de Kiel; profesor Ernst Whale, de la Universidad de Heidelberg-Rohrbach; profesor Lothar Zetz, de la Universidad de Erlangen; doctora Gisela Freund, ídem ídem; *Holanda*, profesor A. M. Van Griffen y señora, de la Universidad de Groningen; *Gran Bretaña*, profesor Glyn E. Daniel, de la Universidad de Cambridge; *Irlanda*, profesor Sean P. O'Riordain, de la Universidad de Dublín; *Italia*, profesor Pía Laviosa Zambotti, de la Universidad de Milán; *Portugal*, profesor Joaquím R. dos Santos Junior, de la Universidad de Oporto, y *Suecia*, profesor Carl Axel Althin, de la Universidad de Lund (2).

El Curso se desarrolló desde el 15 al 30 de septiembre, en Granada, y los días 14 y 1.º de octubre se emplearon en el viaje.

El resumen de los trabajos realizados en el campo, propiamente dicho, fué el siguiente:

Excavaciones.—Poblado, cueva y necrópolis dolménica del Bronce Mediterráneo I, de las Peñas de los Gitanos, en Montefrío. Directores de la excavación: Señores Ruiz Argiles y señor Van Giffen.

Poblado del Bronce II en Monachil. Director, señor Posac.

Poblado ibero-romano del cerro del Cepero, en Baza. Director, señor Presedo. Una tumba de la necrópolis romano-tardía de Almúñecar.

Prospecciones.—Visita a los emplazamientos y ruinas de las colonias orientales de Adra, Salobreña y Almúñecar; a las tumbas de cúpula del Romeral, Menga y Viera; y emplazamiento del Ili-turgis (Mengibar, Jaén).

Prospecciones aéreas.—Zona de Andalucía oriental: Motril, Alpujarras, Adra, Almería, El Argar y yacimientos inmediatos, Almirante, Los Millares, Baza, Guadix, Granada.—Zona de Andalucía occidental: Montefrío, Alcaudete, Antequera, Vélez-Málaga, Almúñecar, Granada.

Como puede verse, tres fueron los objetivos de trabajo: Presenciar la forma de excavación de varios yacimientos típicos españo-

(2) Los asistentes españoles fueron los Comisarios Locales y Provinciales de Excavaciones Arqueológicas de las provincias más relacionadas con las culturas estudiadas en Granada.

les, cuya técnica había de discutirse en las sesiones de trabajo; recorrer los yacimientos más característicos de la zona, y realizar una introducción a la prospección aérea, que ha de servir de partida para la exploración total de la Península. Aparte de ello, se visitaron detenidamente todos los monumentos y museos de Granada y pueblos citados.

Veamos, siquiera sea brevísimamente, los resultados obtenidos:
Excavaciones

Montefrío.—En primer lugar se exploraron los dólmenes del pie de las Peñas des los Gitanos, algunos ya conocidos y otro totalmente inexplorado, cuya excavación realizó el profesor Van Giffen. En él se encontró un pequeño ajuar y el excavador expuso sobre el terreno la técnica empleada en el trabajo.

Después se estudió la forma de excavación practicada por el señor Ruiz Argilés en el poblado, quien presentó en forma muy clara los sucesivos estratos que se suceden del Bronce I a la época romana, así como los materiales obtenidos por niveles.

Monachil.—La brevedad del tiempo de que se dispuso para poder presentar al Curso una estratigrafía, permitió excavar tan sólo un pequeño espacio, que fué suficiente para mostrar se trataba de un poblado Argárico típico.

Baza.—En el poblado del Cepero, que se supone el emplazamiento de la antigua Basti, la excavación fué lo suficiente para dar a conocer la gran importancia del yacimiento, pues desde materiales neolíticos encontrados en superficie, se llega a época romana tardía. Sin embargo, en lo excavado los estratos profundos acusaban lo ibérico con varios niveles, y lo superficial era ya romano, que llegaba hasta lo paleocristiano. Las dificultades a resolver en la excavación eran múltiples e interesantes.

En las sesiones de trabajo se plantearon todos los problemas presentados, siguiéndose en la discusión el siguiente sistema: Los profesores extranjeros, de común acuerdo, fueron presentando al Curso un cuestionario de dudas y aclaraciones, que fué contestado por los asistentes españoles; y a la inversa, los arqueólogos nacionales presentaron una serie de cuestiones, principalmente de técnica excavatoria, que fueron contestados por los colegas de otros países.

Prospecciones

Las realizadas por tierra, particularmente las visitas a los sepulcros de cúpula de la zona de Antequera, permitió a todos, principalmente a los extranjeros, ponerse en contacto con la realidad de estos imponentes monumentos, que aunque conocidos por las

publicaciones, ofrecen un aspecto aún más grandioso que el forjado por aquéllos. En cuanto a los establecimientos costeros de los pueblos colonizadores, pudo verse claramente el criterio sustentado para su fundación en pequeñas islas o penínsulas frente a la costa, y además, los fenómenos geofísicos de colmatación de puertos y de metamorfosis del litoral, aspectos ambos importantísimos para la prospección de estaciones costeras. En Mengibar visitaron el emplazamiento de Iiliturgis, con las características de una gran ciudad ibero-romana y la colección de materiales de aquella procedencia, de extraordinario interés, reunida por el Comisario Local, señor Lachica.

En cuanto a las prospecciones aéreas, fué de gran interés, no sólo para los Comisarios sino para los profesores extranjeros, comprobar prácticamente lo aprendido teóricamente, y poder, para lo sucesivo, iniciar estas prospecciones en las zonas de su jurisdicción. Se estudió también la técnica de la fotografía aérea y se tomaron negativos de todos los sitios de interés, estudiándose después en las positivas.

Como accesorio al Curso, no dejaremos de mencionar, no sólo las visitas a los sitios de arte y bellezas incomparables de la Granada cristiana y musulmana, sino los innumerables agasajos de todo orden, aderezados con lo más pintoresco del folklore andaluz, de que fueron objeto por parte de las autoridades granadinas, no sólo de la capital, sino de los pueblos visitados en la misma provincia y en las vecinas.

Esperamos que este I Curso Internacional, perfeccionado en los próximos, sea la verdadera escuela de la pléyade de abnegados Comisarios provinciales y locales, que repartidos por toda España, velan por la Arqueología española.—E. CUADRADO.

Nuevas publicaciones

NUMARIO HISPANICO

El Instituto Antonio Agustín, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, aparece en la palestra de la bibliografía española con una nueva revista, *Numario Hispánico*, con la que se hace realidad una aspiración del Instituto que intenta desde su fundación estimular los estudios numismáticos en otros tiempos florecientes y en nuestro siglo demasiado descuidados. Es director de la revista el del Instituto, Dr. D. Joaquín M.^º de Navascués y de Juan, y secretario de la misma D. Octavio Gil Farrés.

En este tomo I de 1952, el director hace la presentación de la revista que dice aparecer modestamente, lo que en verdad es desmentido por la nutrida colaboración de la que el sumario dará la mejor idea:

M. LOPEZ SERRANO, *Iconografía de Antonio Agustín*; J. M.^º DE NAVASCUES, *En torno a las series hispánicas imperiales*; C. FERNANDEZ CHICARRO, *El tesoro de la Cuesta del Rosario de Sevilla*; Wm. REINHART, *Las monedas célticas en Europa durante la época de La Tène*; A. BELTRAN, *Las monedas de Tingi y los problemas arqueológicos que su estudio plantea*; J. AMOROS y M. RIFA, *Ensayo de un estudio geográfico de los elementos de intercambio de la España antigua en relación con la economía y las monedas*; O. GIL FARRÉS, *Blancas a nombre de los Reyes Católicos del Museo Arqueológico Nacional*; F. ALVAREZ OSSORIO, *Virreyes de Nápoles que figuran en las medallas del siglo XVI conservadas en el M. A. N.*; F. MATEU LLOPIS, *Panorama numismático de Europa y América*; IDEM, *Hallazgos monetarios (VII). Crónica y Bibliografía*.

Felicitemos al director del Instituto por la nueva publicación que sin duda constituirá un valioso auxiliar para nuestras tareas arqueológicas aparte de cumplir perfectamente su propia misión, y deseamos a *Numario Hispánico* un próspero desarrollo.—M.

TAMUDA.

Señalemos también el alto interés que para nosotros tiene la aparición de *Tamuda*, nueva revista de investigaciones africanas, el pasado año (1953), como expresión del interés y de la preocupación de España hacia los problemas marroquíes.

Naturalmente, una revista como *Tamuda* tiene un campo de

ción que desborda el marco arqueológico que interesa principalmente a nuestros lectores, ya que en ella se dan cabida a temas marroquíes en general alejados de nuestra actividad, pero no deja de ser sintomático el interés que tendrá para los arqueólogos una publicación que adopta un nombre tan evocador como el de *Tamuda*.

Ya en el primer número (primer semestre de 1953) pesa la investigación arqueológica con un imponente trabajo de D. Miguel Tarradell, director del Museo de Tetuán y del Servicio de Investigación Arqueológica del Protectorado, sobre los grupos escultóricos de Hércules y Anteo, y Teseo y el Minotauro (sin duda los hallazgos más espectaculares en excavaciones españolas en los últimos años) cuyas primicias se publicaron precisamente en *ZEPHYRVS* (cf. I, 1950, 49).

En la sección bibliográfica vemos con simpatía cómo *Tamuda* aspira a dar a conocer toda la bibliografía arqueológica del noroeste africano, con lo que habrá de prestar un gran servicio a la arqueología peninsular. Es interesante también la crónica del Primer Congreso Arqueológico del Marruecos español, del que se da más amplia noticia en otro lugar de esta publicación, y que gracias al dinamismo y perfecta organización del director del Museo de Tetuán, D. Miguel Tarradell, constituyó un señalado éxito acertadamente calificado por uno de los primeros investigadores hispanos como la prueba más evidente de la mayoría de edad alcanzada por la arqueología en el Marruecos español.

La publicación de *Tamuda*, patrocinada por la Alta Comisaría de España en Marruecos, está dirigida por la Delegación de Educación y Cultura.—M.

LIBYCA

El éxito rotundo constituido por el II Congrès International de Préhistoire, celebrado en Argel en 1952, debido en buena parte al Laboratoire d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistoriques y en particular a la capacidad de su director, Lionel Balout (cf. *Zephyrus* III, 1952, 244), ha cristalizado en la aparición de una nueva revista, *Libyca*, estimulada por el auténtico e inteligente mecenazgo de Mr. Roger Leonard, Gobernador general de Argelia, al que tanto debe la investigación arqueológica argelina.

Libyca pasa a ser el Boletín del *Service des Antiquités* y como tal es dirigida por Mr. Louis Leschi, y comprenderá cuatro fascículos anuales, divididos en dos series distintas: 1 y 3, consagrados a la

antropología y arqueología prehistórica africana en general, continuarán la magnífica labor de los *Travaux du Laboratoire d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistoriques*. El 2 y 4 se dedicarán exclusivamente a epigrafía y arqueología clásica local, prometiéndose dar a los trabajos un carácter rápido e informativo, que permita llegar a los investigadores el cuantioso material que el ritmo de excavaciones pone cada día al descubierto y cuyo estudio detenido supone largos años de trabajos futuros.

Este primer fascículo (enero 1953), prologado por la autoridad de Albert Grenier, magnífico de presentación, contiene ya una densa y valiosa colaboración:

G. LECOINTRE, *Le Quaternaire de Rabat-Casablanca et ses relations avec la Préhistoire*; G. SOUVILLE, *Les grottes à ossements et industries préhistoriques de l'Oued d'Alger*; P. CADENAT *Une nouvelle station atérienne au Kondiat Bou Gherara*; H. J. HUGOT, *Preliminaires à une étude du Moustero-Aterien du Tidikelt*; J. MORET, *Le capsien du Khanguet-el-Mouhaäd*; L. CABOT BRIGGS, *Tête osseuse du Khanguet-el-Mouhaäd*; R. LE DU et SEREE de ROCH, *Le Gisement Capsien de Bekkaria*; J. FOREL, *L'outillage lithique de la station du Kej-Oum-Touiza dans l'Est constantinois*; G. ESPERANDIEU, *Remarques au sujet de figurations d'animaux domestiques provenant de Djarf-Tarba (sud Oranais) et conservées au Musée du Bardo*.

La nueva estructura de Libyca es del mayor interés y esperamos que el Service des Antiquités consiga mantener el rápido y difícil ritmo de publicación. Por ello felicitamos efusivamente al Gouvernement General de l'Algérie y a la Dirección des Beaux Arts, por haber creado este nuevo magnífico instrumento de trabajo, del que este primer número de Libyca constituye el mejor heraldo.—J. M. de M.

BOLETIN DE LA BIBLIOTECA MUSEO-BALAGUER.

La vitalización de las Instituciones y Museos locales que por fortuna parece ser una de las características de los últimos años en España, muestra una nueva realidad con la aparición de este Boletín del Museo-Biblioteca Balaguer de Villanueva y La Geltrú (Barcelona).

Su primer fascículo (1953) inicia la quinta época de su publicación (la cuarta época se cerró en 1904) y constituye un símbolo de la vitalidad de un núcleo de investigadores agrupados en torno de

la prestigiosa Institución, que pretende continuar una tradición, no por ocasional menos meritoria.

Este primer número que llega a nuestras manos es una clara prueba de una envidiable actividad local sumamente valiosa por cuanto se presenta con un carácter estrictamente científico que muy raras veces consiguen publicaciones similares.

Como corresponde a la Biblioteca Museo Balaguer, el campo de actividad es amplio. Arte, Literatura, Biblioteconomía, etc., sin descuidar el aspecto que aquí nos interesa, es decir, las investigaciones arqueológicas a través de su Sección arqueológica, presentes en este primer número con un trabajo de A. Balil sobre *La villa romana de Vilarenc (Calafell)* y una interesante *Crónica arqueológica*, a cargo de A. Ferrer, que sin duda interesarán a nuestros lectores.

Expresemos nuestra satisfacción por el comienzo de esta nueva etapa del Museo-Biblioteca Balaguer, deseando al nuevo Boletín un largo y próspero futuro.—M.

Bibliografía

HALLAM L. MOVIUS, Jr., *The Mousterian Cave of Teshik-Tash, Southeastern Uzbekistan, Central Asia*, en *American School of Prehistoric Research, Bull.* 17, 1953.

Como ya señala el A., este interesante artículo no está basado en trabajos de campo propios y originales, y tan sólo es un resumen crítico de los trabajos llevados a cabo por una expedición rusa, bajo la dirección de P. Okladnikov, en la cueva de Teshik-Tash, en el sudeste del Uzbekistán. La dificultad de adquirir bibliografía sobre yacimientos prehistóricos de la U. R. S. S., nos ha inducido a dar una breve idea del contenido de este trabajo, que es como un avance del estado actual de la cuestión musteriense en una región del Asia Central, de la que poseemos datos muy escasos, dispersos y, muchas veces, de escaso valor científico. Teshik-Tash es el primer yacimiento excavado con método y sistema en estas regiones, de ahí su interés, que viene acrecentado por señalarnos una importante penetración de la cultura musteriense en el corazón de la Gran Asia.

La riqueza prehistórica de esta región viene señalada por el gran número de yacimientos que la misión rusa descubrió al explorar las comarcas vecinas a Teshik-Tash. Las prospecciones abarcaron una extensa área que ocupa principalmente la cuenca del Shirabad-Darya y de su afluente Turgan-Darya. En la cuenca de este último se encontraron cuatro cuevas o abrigos con restos neolíticos, y en una quinta, Katta-Kurgan, se halló una punta triangular alargada, de jaspe verde, con retoques escaleriformes en los bordes, considerada como musteriense, la cual se encontraba en un nivel recubierto por otro, que contenía instrumentos de sílex y hueso, así

como también cerámica en su parte superior. Una prospección más intensa de la zona Turgan-Darya dió como resultado el hallazgo de numerosos yacimientos, seis de los cuales —Katta-Sule-Kamar, Zarausgat-Gut, Dukau-Khan, Katta-Kamar, Amir-Temir y Teshik-Tash— ofrecieron restos culturales del Paleolítico inferior. Las reiteradas prospecciones y trabajos demostraron que la región meridional del Uzbekistán, es decir, la comarca de Baisun, es extremadamente rica en yacimientos prehistóricos de todas las edades.

Teshik-Tash contenía, como decimos, un interesante yacimiento musteriense, cuya estratigrafía resumida es como sigue:

A) Superficial, arcilloso y estéril.

B) Nivel I: Fué el de más espesor y riqueza de los varios niveles con restos culturales musterienses. Contenía puntas, raederas, núcleos, lascas y un posible buril. En él se encontraba un enterramiento de un niño neandertalense rodeado de cuernos de *Capra sibirica*.

C) Arcilla estéril.

D) Nivel II: Con escasos restos musterienses. Las zonas Sur y Este del presente nivel se encontraban en contacto con las tierras del Nivel I.

E) Arcilla estéril.

F) Nivel III: Restos musterienses y de cuernos de cabra siberiana.

G) Arcilla estéril.

H) Nivel IV: Con escasos restos musterienses, pero con abundante fauna, especialmente de pequeños roedores y de pájaros.

I) Arcillas estériles.

J) Nivel V: Rico, tanto en fauna como en materiales musterienses.

K) Detritus estériles. Fondo de la cueva.

Los cinco niveles presentan, en general, un característico instrumental mus-

teriense. Abundan y dominan las raederas y en menor proporción se encuentran las puntas y tipológicamente, sus formas no se separan mucho de las que se encuentran dentro del Musteriense europeo y en el del Oriente Medio. Así, por ejemplo, Movius señala la presencia de limaces, propias de la evolución cultural de esta industria en Europa. Por excepción, se encuentran algunos instrumentos masivos, del tipo "chopper" o hendidor, que podrían hacernos suponer contactos entre el Asia Central y el Asia Sudoriental durante el Musteriense, difíciles de sostener por el momento con los materiales con que se cuenta.

Pero si el estudio de Teshik-Tash nos ha revelado cuán profunda fué la expansión musterienense, no menos interés presenta la expansión étnica del tipo de Neandertal, cuyos restos se encontraron en el Nivel I. Este hallazgo no sólo es notable desde el punto de vista antropológico, sino también desde el religioso-cultural. Como hemos señalado, el enterramiento del niño neandertalense aparecía rodeado de varios cuernos de cabra siberiana, lo cual nos hace pensar en la existencia de un ritual religioso, el cual debía ir unido a un profundo concepto espiritual, que de sí mismo tenía el hombre de Neandertal. Esto, que ya nos era conocido por medio de hallazgos análogos en el Musteriense de otras regiones, adquiere en Teshik-Tash un relieve y una calidad extraordinarios. Es posible que el rito funerario del enterramiento en "círculo", es decir, del cadáver rodeado de ofrendas de caza, esté en relación con ciertas ideas sobre el sol o sobre representaciones solares, o que quizás representen un primitivo culto totémico de animales, propio del mundo cazador musterienense, incluso puede representar un simple culto a la muerte, pero el hecho en sí nos pone de relieve la complicada mentalidad del hombre primitivo y su evidente preocupación por el más allá.

En cuanto a la posición cronológica de los niveles de Teshik-Tash es imposible establecerla de un modo definitivo, ya que es patente la falta de datos sobre la evolución y desarrollo de los tiempos

cuaternarios en estas regiones del Asia Central. No obstante, varias hipótesis han sido sugeridas. Para una de ellas, parece claro que la ocupación musterienense de Teshik-Tash coincide con un período anterior a los fenómenos de máxima glaciación ocurridos en el Asia Central y por consiguiente los depósitos pueden fecharse durante los tiempos del Mindel-Riss. Otra opinión se apoya en el hecho de que el modelado del paisaje de estas regiones ha permanecido más o menos constante desde los tiempos musterienenses, y teniendo en cuenta que esta "permanencia" del modelado puede ser asociada quizás con la general tendencia al incremento de la aridez en la parte sur del Asia Central comenzada en los tiempos del Pleistoceno inferior, es posible que Teshik-Tash fuese habitada durante una de las etapas iniciales del desarrollo de este proceso de desecación progresiva, en un momento que podría situarse en la transición de unas condiciones frescas y húmedas de los primeros momentos hacia un ciclo más seco y más cálido, que puede intercalarse dentro del Riss-Würm. Ambas posiciones, tan separadas una de otra, parecen posibles, pero la escasez de datos en que fundamentarlas las hace a las dos igualmente hipotéticas.

Teshik-Tash nos ofrece, pues, una espléndida muestra de la expansión cultural del Musteriense en estrecha dependencia con las poblaciones neandertalenses del bloque occidental euro-asiático. En otro lugar hemos dicho cuán poco sabemos de la evolución y desarrollo de esta cultura, aunque en estos últimos años el panorama se va ampliando gracias a una constante investigación, demasiado dispersa y a veces inasequible, por lo que creemos que ha llegado el momento de intentar llevar a cabo una obra de conjunto sobre esta cultura, que nos permita sistematizar sus distintos aspectos y fases, sus elementos esenciales y los adquiridos, en fin, todo aquello que nos puede facilitar la comprensión del Musteriense como cultura, lo cual nos llevará a tener una visión más amplia que la que actualmente poseemos sobre estas remotas etapas de la historia del hombre.—F. JORDA CERDA.

ANDRE CHEYNIER, *Stratigraphie de l'abri Lachaud et les cultures des bords abattus*, en *Archivo de Prehistoria Levantina*, Vol. IV, 1953, Valencia, 11 páginas y 20 figs.

Yacimiento de la rica región francesa de la Dordocña, el abri Lachaud sirve al Dr. Cheynier para plantear y atestiguar la serie de fases, propias de los comienzos del Magdaleniense, que en otro lugar había planteado y que en el trabajo que comentamos reafirma y expone, ilustrándolo de una manera conveniente. Cheynier prefiere denominar a estas fases iniciales del Magdaleniense, Proto-magdaleniense, y en contra de la sistematización de Breuil, basada en la evolución ósea, establece las distinciones industriales a base del instrumental lítico.

El abrigo presenta en la base un Solutrense final con escasas puntas foliáceas bifaciales y puntas de muesca; abundan extraordinariamente las hojitas de borde rebajado de retoque abrupto y directo, y son característicos los perforadores, unos pocos buriles y raspadores en extremo de hoja. Un microburil y un fragmento de un triángulo. El material de hueso es pobre, punzones y una aguja. Se encontraron varias placas de piedra con grabados de animales entre los que destaca la figura de un reno lamiendo (?) a su retoño.

El Proto-Magdaleniense Ia, representado en Badegoule por los buriles sobre lascas y algunas "raclettes", falta en este yacimiento. El Proto-Magdaleniense Ib se manifiesta por la abundancia de las "raclettes" a las que se unen buriles, principalmente centrales y a dos planos, raspadores en extremo de hoja, perforadores y numerosas hojas con golpe de buril. Es importante señalar la falta absoluta de hojitas de borde rebajado. En hueso, punzones una varilla de extremo plano redondeado y agujas y, además, objetos de adorno.

Del Proto-Magdaleniense Ic señala un material lítico análogo con dominio de las "raclettes" y de las hojas con golpe de buril. La industria del hueso se desarrolla considerablemente: azagayas de sección cilíndrica, de base en bisel, varillas con los extremos apuntados,

magníficas agujas, retocadores, etc. Los objetos de adorno se multiplican; las plaquetas grabadas contienen signos y hay que destacar los posibles restos de una lámpara o lucerna.

Separado del nivel anterior por una capa estalagmítica se hallaba el Proto-Magdaleniense IIa, caracterizado por las hojitas de borde rebajado con un 50 % sobre el resto del material formado por buriles, raspadores, perforadores, hojas, etc. La industria del hueso se encuentra bien representada por azagayas de sección oval, varillas fusiformes, una lezna, etc., y un posible mango de hojita de dorso rebajado, sobre costilla.

El autor insiste en la necesidad de valorizar el material lítico en el estudio del Magdaleniense para cuyas tres primeras fases justifica el nombre de Proto-Magdaleniense y las subdivide, como hemos visto que hace en Lachaud, en varias subetapas. La evolución general de este Proto-Magdaleniense —"raclettes, hojitas de borde rebajado, escalenos— parece justificada, ya que son muchos los yacimientos de los comienzos del Magdaleniense en los que faltan los elementos directores de la industria del hueso, según Breuil, pero clasificables con arreglo a la sistematización de Cheynier.

Una interesante disquisición sobre la cultura de hojitas de borde rebajado cierra este nuevo estudio del prehistoriador francés. La técnica del borde rebajado parece ofrecer tres modalidades: retoque directo, producido desde la cara inferior de la hoja al dorso; inverso del dorso a la cara inferior; abrasivo, operando desde las dos caras y típico, según Cheynier de La Gravette.

Cree que debe establecerse una distinción entre las culturas de *puntas sobre hojas* (Perigordiense) y la cultura de la hojita de borde rebajado. Esta debe tener un origen no lejos del Musteriense, como la otra cultura, siempre que se encuentra en el Auriniaciense clásico o medio y alguna vez en el Perigordiense inicial (Chatelperron).

Según Cheynier, aunque con frecuencia coexiste con las primeras etapas del Perigordiense, no se encuentra en la final (Perigordiense V), mas reaparece de nuevo en el Solutrense superior y final y después en el Magdaleniense II, donde

llega a su apogeo. Respecto a su origen, parece ser que se encuentra en Palestina, en el Auriniaciense inferior, y en el nivel de los "negroides" de la Grotte des Enfants en Gaimaldi, mas también aparece en el nivel chatelperroniense de La Ferrassie (Perigordiense II de Peyrony) y en el Abri Mocchi, subyacentes al nivel de puntas de hueso de base hendida. Supone que esta cultura de hojitas de borde rebajado puede suponerse mediterránea y que se propagó en dos direcciones, desde un posible origen en el Oriente medio: una hacia el Norte, por Italia, Francia y España; otra hacia el Sur, por Egipto y Túnez, dando origen a las industrias capsienenses.

Es difícil precisar lo que haya de verdadero en la sugestiva hipótesis de Cheyrier. La distinción de los tres tipos de tallado de borde es interesante y su comprobación en un número más amplio de yacimientos puede ser fecunda. Ello nos llevaría a una revisión de grandes series de materiales. Sin embargo, tenemos grandes dudas respecto a su dispersión. La tendencia a rejuvenecer las industrias capsienenses e hispanomaoritánicas supondría una excesiva separación temporal para los dos amplios grupos propugnados. Luego existe el hecho de que el microlitismo de las hojitas de borde rebajado parece ser más bien un fenómeno propio del Mediterráneo occidental, como hemos señalado al estudiar el Epigravetiense de la España mediterránea, donde la hojita de borde rebajado es elemento constante, incluso su aparición en el Magdaleniense II podía ser debida a una influencia del Epigravetiense sobre esta etapa. Además la tendencia a rebajar los bordes está viva en todo el Solutrense español. Dejando aparte al Parpalló, donde esta tendencia es manifiesta, podemos señalar Bolinkoba en la zona cantábrica, donde es evidente la perduración de los elementos de borde rebajado en etapas, que por unas pocas piezas foliáceas deben ser consideradas como de los tiempos solutrenses. Es más, remontándonos a tiempos anteriores, encontramos esa tendencia al microlitismo de las hojitas de borde rebajado en el nivel gravetiense de la cueva del Reclau Viver (Serriñá, Gerona) y en el mismo Parpalló hemos señalado su presencia en su nivel gra-

vetiense. Por nuestra parte, aunque la técnica de borde rebajado pudo tener su origen en el Oriente medio, y producirse aquí las primeras "lamelles", creemos que fué en la Europa Sudoccidental donde se originó la tendencia a la microlitización de las mismas, siendo el Epigravetiense la cultura en que se concretiza como forma cultural propia, influyendo en su contemporáneo el Magdaleniense. Mas en ésta, como en tantos problemas de la Prehistoria, nos falta aun mucho por investigar y nos sobran opiniones personales. De todos modos, el Dr. Cheyrier ha sabido plantear una serie de problemas, que aunque muy agitados y manoseados, carecían de esa cuidadosa investigación del detalle, del aspecto técnico intrínseco, de la valoración comparativa intensiva (y no extensiva, como tanto se acostumbra) y esa lección hay que agradecerse y ponerla en práctica. — F. JORDÁ CERDA.

H. KÜHN. *Die Felsbilder Europas*. Edit. W. Kohlhammer. Stuttgart, 1952, 323 pp. con 144 figs. más 111 láms., f. t. y 5 en color.

El arte rupestre prehistórico apasiona a todos los públicos porque está en relación con problemas que cuadran perfectamente con la sensibilidad de nuestro siglo, ya que todas las tendencias de la inquieta estética moderna hallan en las ricas series del arte prehistórico, puntos de contacto no meramente formales, que son buena prueba de que la Humanidad no ha necesitado llegar al siglo XX para hallar los caminos de expresión más ricos y variados. Prueba de la modernidad del tema es el gran número de obras publicadas en la última postguerra que tratan en una forma u otra del arte primitivo.

El libro de H. Kühn, no es simplemente un libro más en la serie, sino que es uno de los más importantes por la riqueza de ideas que aporta y no precisamente en la línea de la ortodoxia ultrapirenaica, lo que habrá de contribuir, sin duda, a la polémica creadora.

H. Kühn, con sencillez y maestría, algún tanto teórica, analiza los grandes conjuntos de arte rupestre. El arte cuaternario expuesto con sensibilidad de historiador del arte, de un modo lógico

pero valorando casi exclusivamente la evidencia interna (con lo que se cae en en el propio defecto de las interpretaciones ortodoxas, aunque los resultados sean distintos, por la aplicación a los círculos prehistóricos de la secuencia experimentada en los ciclos históricos), junto con el arte del Levante español y con el escandinavo, forman los tres grandes capítulos de la primera parte del libro.

A los prehistoriadores españoles nos agrada la decidida posición de Kühn en el debatido problema de la cronología de arte levantino, en la que sigue la trayectoria acertadamente calificada por M. Almagro de escuela española, que niega la contemporaneidad del arte franco cantábrico y el levantino, posición que ha sido más voluntariamente ignorada que discutida allende las fronteras. La evidencia, tanto interna como externa, expuesta con abrumadora densidad de argumentos en numerosas publicaciones de M. Almagro en los últimos años, ha sido en parte utilizada, aunque sin agotar las posibilidades, pues apenas se utiliza la verdadera prueba arqueológica que constituye el estudio de todas las manifestaciones industriales que no faltan en ninguna de las covachas con pinturas en las que existe posibilidad de yacimiento. Claro está que este análisis no entraba en la línea que se propuso el autor.

De todos modos creemos que la aparición de este libro habrá de contribuir también a un estudio objetivo de la cuestión, cuyo resultado no dudamos coincidirá con el propugnado por muchos prehistoriadores españoles que en ello han coincidido partiendo de puntos de vista diversos.

Aparte es tratado el arte del segundo y primer milenio con una serie de capítulos muy interesantes como el del arte esquemático español, el arte ligur, el del área megalítica francesa, el de Alemania y el del Norte. Constituyen capítulos llenos de ideas y de preocupaciones etnológicas sugestivas, aunque a veces de valor discutible, que muestran la amplia formación de su autor con atrevidas calas en la sensibilidad primitiva del continente negro o de la antigüedad clásica. Causa cierto desasosiego ver trata-

do un cuadro de un mundo tan complejo, a base del elemento estético, pero no es distinta a la reacción que sentimos ante ciertas historias del arte de positivo valor, dedicadas a ciclos históricos bien conocidos.

Completan el libro nutridas páginas de bibliografía por grupos, útiles aunque en rigor no necesarias, dadas las características del texto.

El libro, magníficamente presentado por la prestigiosa editorial W. Pohlhammer, contiene numerosas figuras que apoyan constantemente el desarrollo del pensamiento de H. Kühn. Las láminas aparte, muchas poco conocidas o a menudo mal reproducidas, constituyen un admirable corpus presentado con gusto y sentido editorial, por lo que no dudamos habrá de interesar a un amplio público sin que puedan prescindir de él los iniciados en los problemas de la prehistoria, a los que muchas veces la consideración de una trayectoria técnica o estética ayudará a comprender mejor otros aspectos interesantes y huidizos de toda sociedad humana. — J. MALUQUER DE MOTES.

S. PIGGOT. *Neolithic cultures of the British Isles. A Study of the Stone-using Agricultural Communities of Britain in the Second Millennium B. C.* Cambridge University Press, 1954, 420 pp. con 63 figuras, más 12 láms. y un cuadro sinóptico cronológico.

He aquí un libro admirable que nos ofrece la Cambridge University Press, impecablemente presentado, sobre un tema apasionante como es el neolítico inglés, en definitiva área marginal de un gran círculo neolítico que afecta profundamente la Europa occidental.

S. Piggot, Profesor de arqueología prehistórica en la Universidad de Edimburgo, bien conocido por sus estudios de prehistoria inglesa y por su utilísimo manual de prehistoria de la India, de cuya aparición, en su día, dimos noticia en estas páginas (cf. *Zephyrus* II, 1951, 189), es una de las figuras universitarias más representativas de la moderna escuela de prehistoriadores ingleses que tanto contribuye a los actuales avances de nuestra ciencia prehistórica.

En este libro, que constituye un mode-

lo de método y clara exposición, saca un partido extraordinario de un tema difícil en el que no se le ocultan al autor las numerosas lagunas que ofrece por falta de materiales unas veces y por falta de precisiones sobre numerosos hallazgos otras, lagunas que con todo rigor puntualiza Piggott y que destacan, en particular, cuando se trata de buscar la filiación continental a elementos de un determinado complejo cultural. En este sentido se nota el gran vacío causado por la falta de precisión y sistematización de los materiales franceses.

Por otra parte, el desarrollo en Inglaterra de los estudios climáticos, permite al autor puntualizar una seriación cultural (al estilo de Clark), que suple en parte la existencia de una cronología más precisa. Las culturas estudiadas se desarrollan dentro de las fases climáticas, Atlántica y Sub Boreal. Para ello es de gran utilidad el minucioso estudio de la vegetación y de la fauna, como la distribución geográfica de los hallazgos sobre los determinados tipos de terrenos. Ello permite fijar a veces las relaciones entre los colonos neolíticos y los grupos residuales mesolíticos.

La idea que preside el libro, es la existencia de unas colonizaciones neolíticas primarias, y el impacto sobre poblaciones residuales que a su vez reciben otros estímulos y crean culturas neolíticas secundarias.

Destaca entre las primeras la de Windmill Hill del Sur de Inglaterra, que representa la primera colonización neolítica. Esta es estudiada con todo detalle, en los tres tipos principales de yacimientos conocidos: los *causeways* (probablemente verdaderas *majadas*, ocupadas estacionalmente, no poblados permanentes), las explotaciones de sílex en las tierras margosas convertidas en lugares de habitación, y los *long barrows*, o túmulos alargados sin cámara específica. El estudio de esta cultura es completo, tanto en su propio territorio como en sus extensiones marginales hacia el NE. y el N.

Constituye una cultura que debe reunirse a la gran área neolítica occidental de la que Camp de Chassey, Cortailhod, Lagozza y en definitiva Michelsberg constituyen diversos momentos y grupos. Sin embargo, las precisiones son

pobres, suponiéndose base de proyección la costa francesa entre Gran Bretaña y Bélgica, más por razones geográficas que por evidencias comprobadas.

Se subraya y creemos con razón la persistencia de tradiciones mesolíticas maglemosienses y tardenoienses que rara vez se mezclan con la cultura de Windmill Hill en su momento puro.

Muy compleja es la gran parte del libro que en términos amplios, familiares a la bibliografía española, llamaríamos culturas megalíticas (término que no coincide con el uso restringido y más propio, que usan los prehistoriadores ingleses). S. Piggott, que es uno de los que mejor conocen este problema, extrema la cautela y claridad, pero así y todo constituyen unos capítulos sólo asequibles a los prehistoriadores especializados que se hallen familiarizados con la moderna bibliografía inglesa.

El problema capital estriba en agrupar elementos muy numerosos pero que proceden casi exclusivamente de hallazgos sepulcrales y en primer término la propia estructura de las tumbas. Con ello la visión que se obtiene es limitadísima, ya que sólo el análisis tipológico llevado a su extremo permite la formulación de agrupaciones cuyo valor real es siempre hipotético.

Manteniendo la separación básica entre galerías cubiertas y sepulcros de corredor, señala entre las primeras cuatro grupos: de *Severn-Cotswold*, de *Clyde-Carlingford*, las galerías irlandesas bien conocidas, y un grupo mixto. En los sepulcros de corredor distingue muchos más grupos: la cultura del *Boyne*, los de las Hébridas, el de *Orkney-Cromarty* del Norte de Escocia, el de *Clava* (Escocia), el grupo de las *Setland*, el del Sudeste de Irlanda y Cornualles, y grupos mixtos locales.

Todos estos grupos son minuciosamente estudiados en cuadros de método admirable; pero las vacilaciones comienzan cuando se trata de buscar la filiación concreta de cada uno en lo que juega un papel importantísimo tanto la ruta atlántica como la continental. Es realmente muy difícil, sin aplicar previamente a todo el material y monumentos conocidos del área continental, el mismo método de separación utilizado en las

islas, resolver el problema. Sólo en la Península Ibérica tenemos bien representados todos los tipos de aquéllas, incluso las famosas plantas cruciformes halladas en los sepulcros de Huelva últimamente y existen miles de kilómetros cuadrados del occidente sin la menor exploración. La existencia en nuestras tierras de la totalidad de los tipos nos inclina a cierto escepticismo cuando se trata de apreciar la diferencia entre diversos estímulos, pero ello no resta mérito alguno a la magnífica labor de S. Piggott.

Las culturas neolíticas secundarias quedan aún envueltas en problemas difíciles. En realidad se muestran como resultado del impacto neolítico, destacando vigorosamente rasgos de tradición indígena quizás con aportaciones del área escandinava. Se estudia detenidamente la cultura de Peterborough, desarrollada posteriormente a la de Windmill Hill, con tradiciones arcaicas y una cerámica que tiene un aire de familia con cerámicas del círculo báltico. Las restantes culturas residuales neolíticas se ilustran minuciosamente, como la de Sandhill en Irlanda, que, más que indígena, como quería Movius, habrá de relacionarse con la de Peterborough, la de la isla de Man (Ronaldway), a de Rinyo-Clacton, etcétera.

El texto de lectura fácil y agradable, a pesar de la alta especialización del tema, recomienda este magnífico libro presentado con la pulcritud y perfección de las prensas inglesas. Felicitamos al Profesor Piggott por un esfuerzo dignamente coronado, que deseáramos ver aplicado a todo el complejo del neolítico occidental.—J. MALUQUER DE MOTES.

KURT GERHARDT: *Die Glockenbecherleute in Mittel-und Westdeutschland. Ein Beitrag zur Paläanthropologie Eurafrikas.* Erwin Nagel, Stuttgart 1953, 212 p., con 234 figs., 13 láms. y 10 tablas.

El historiador busca el apoyo de las ciencias hermanas y pocas le pueden ayudar tanto como la Antropología. Pero ésta no siempre ofrece resultados claros. Sus datos son escasos y sus métodos difíciles. Por esta razón, como prehistoriadores, hemos de recibir con albricias una obra como la que reseñamos. Dada la trascendencia que la llama-

da cultura del vaso campaniforme tiene para toda la prehistoria europea, pero más especialmente para la española, interesa extraordinariamente llegar a fijar el carácter que tuvo su expansión por Europa. Toda clase de hipótesis se han ofrecido, desde la suposición de unos mercaderes o prospectores metalúrgicos, a la de una aristocracia guerrera, pasando por la de suponerlos cazadores, pastores o agricultores o simplemente fugitivos de la Península en un período de hambre. Algo así como unos gitanos de aquella época.

El estudio metodológico de los ya numerosos restos humanos acompañados por ofrendas de la cultura del vaso campaniforme en España y en el resto de Europa, es lo que podrá aclararnos algún día este problema.

Por esta razón recibimos con júbilo esta obra, donde con criterio antropológico moderno se estudian los restos humanos de la repetida cultura, procedentes de la Alemania central y occidental.

El autor recoge datos en el grupo occidental de 18 tumbas con ajuar de la cultura del vaso campaniforme y 66 en el grupo oriental. En éste último hay 27 tumbas de la época final de la cultura y del período pre-Aunjetitz, de la se señalan 11 en la región occidental. Además, se incluyen seis tumbas de la cultura de Aunjetitz. En total, se estudian 130 restos.

Tras una descripción metódica y detallada de todos ellos, indicándose también la composición del ajuar que les acompañaba, Gerhardt trata de fijar los tipos raciales a que pertenecen, sujetándose unas normas muy prudentes y juiciosas. Fijándose en los cráneos más típicos, se comprueba la existencia del tipo alpino, del nórdico, del dolico-morfo grácil (mediterráneo), y el de cabeza alta o planooccipital. Otros cráneos parece que deben corresponder a otros tipos mal conocidos. Estudia después los, al parecer mestizos, de alpinos y planooccipitales, de nórdicos y alpinos, de nórdicos y planooccipitales y posiblemente mediterráneos. Entre las otras posibles razas que aparecen con representantes, están los cromagnónidos braquimorfos, que se comparan con los de Muge o variante de cara baja de los planooccipitales; la raza fálica o dalo-nórdica; la atlántico-mediterránea o cromagnónmediterránea; mediterráneo bajo. Todo ello con gran detalle de consideraciones.

Se estudian luego los tipos de los res-

tos infantiles y jóvenes y los fragmentos, así como la estatura en los diferentes tipos admitidos y según los huesos que permiten medirla.

Por último, tiene un interés extraordinario el capítulo dedicado a la estructura racial de los restos pertenecientes a la época del vaso campaniforme. Para el autor no existe un tipo racial único que pueda atribuirse al vaso campaniforme. El tipo más frecuente es el llamado planoccipital, al que sigue en frecuencia el tipo alpino y en menor proporción el tipo racial nórdico. Aisladamente aparecen los elementos de otros tipos raciales que hemos señalado.

Estudia el autor otros restos centro-europeos, que no modifican grandemente el esquema obtenido con los cráneos objeto de la obra que reseñamos. Numerosas páginas de ésta están destinadas a un estudio comparativo de resultados para tratar de averiguar el verdadero carácter y origen de los tipos raciales que resultan predominantes entre la gente del vaso campaniforme. Son interesantes las conclusiones. Los planoccipitales, predominantes, deben sistematizarse y deben considerarse armenidos, sin que se pueda rechazar definitivamente la posibilidad de que se trate de descendientes de un fondo racial originario del que derivaran también armenidos y dináridos.

Como es natural, el autor no deja de utilizar el argumento arqueológico y las últimas teorías, que vuelven a poner de moda el origen oriental del vaso campaniforme y de diversos elementos étnicos hispanos. Sus conclusiones parece que dan el predominio de un elemento racial que indudablemente procede del Este. Pero en nuestra opinión es prematura toda conclusión definitiva, y el dato que aporta el autor no resuelve el problema, pues falta comprobar el papel que pudo tener en España este tipo planoccipital. Las conclusiones que el autor hace sobre la antropología de la España neolítica, tienen poco valor, pues se basan en estudios deficientes. Hay que rehacer nuestra paleoantropología y los esfuerzos realizados en este sentido por la escuela de Barcelona, dirigida por el profesor Alcobé, no han sido utilizados, sin duda por deficiencia de información, por Gerhardt.

Este termina su estudio considerando los restos patológicos y los restos de tumbas de la época pre-Aunjetitz, en las que los tipos planoccipitales siguen abundando, aunque el elemento nórdico es fuerte. En los restos de la época

de Aunjetitz, se sigue encontrando el tipo planoccipital.

Tendríamos, pues, para el vaso campaniforme, la probabilidad de conocer a sus difusores. Existiría un pueblo del vaso campaniforme con un tipo físico determinado. Tales son las conclusiones de esta importante obra, muy bien ilustrada con los gráficos y tablas antropológicas. Esperamos la reacción de nuestros antropólogos, a quienes la recomendamos.—LUIS PERICOT.

DOMINGO FLETCHER VALLS: *Inscripciones ibéricas del Museo de Prehistoria de Valencia*. Estudios ibéricos 2, Instituto de Estudios ibéricos y etnología valenciana. Institución Alfonso el Magnánimo. Diputación Provincial de Valencia, 1953. Un volumen de 60 págs. y seis secciones de láminas en couché con reproducciones de las inscripciones.

Utilísima labor la de la Diputación de Valencia al publicar esta magnífica colección de inscripciones que avaloran su Museo de Prehistoria. Aunque la mayoría de estos documentos han sido ya editados en las monografías publicadas de 1935 a 1949 bajo el título de *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo*, y también en la fundamental obra *Misceláneas*, de Gómez Moreno (Madrid, 1949), Fletcher reproduce con magníficos y exactos dibujos, que vienen a ser la última palabra en cuestión de lectura, las inscripciones de Liria publicadas con los núms. I-LXXVI. Al publicarlas de nuevo da, con la lectura, que considera definitiva, las anteriormente propuestas por Gómez Moreno. Caro Baroja, Vallejo a veces, y el que esto escribe.

No hay que decir que habiendo podido estudiar el material directamente y publicando los dibujos que pueden servir de comprobación, hay que modificar algunas lecciones que iban valiendo como definitivas, así en la XV (69 de Gómez Moreno) *antorba l o n) ..en*; en la XVI (56 de Gómez-Moreno) *duseatia..eguegiar*, con desaparición del *cacuegiar* en el que Beltrán, *Zephyrus* IV, p. 501 creía ver una palabra vasca; en la XXI (68 de Gómez-Moreno) el dibujo y la lectura de Fletcher dan *balcuser* y no *balduser*; en la LXXV (52 de Gómez-

Moreno) prefiere leer *biliiba* y *nisuniba*; también hay alguna diferencia en la LXXVI (119 de Gómez-Moreno).

Aparte estas correcciones, reconocemos que no son numerales las SS que en realidad como motivo decorativo se hallan en las inscripciones LII y LXII. Las LXXVII a LXXXIII son pequeños fragmentos que vienen a sumarse a lo conocido. Sobre la inscripción del vasito de Liria Fletcher no acepta mi corrección *suguntico*: reconozco que la *n* que está delante del caballo va al revés, pero también es verdad que la *a* está echada, en una forma que también es única.

Publica también Fletcher una nueva lectura del plomo de Liria. Señalaremos que la última palabra sobre este difícil monumento corresponde a don Manuel Gómez-Moreno, que por última vez ha vuelto sobre él en el *Archivo de Prehistoria Levantina* IV, 1953, p. 223-29, pero seguramente que el progreso en estos estudios no permitirá nos olvidemos de las otras publicaciones anteriores del mismo maestro, sobre las cuales recuerdo haber hecho la comparación en *Emerita* XVII, pag. 345 s. Junto a las en total tres lecturas de Gómez-Moreno habrá de tenerse en cuenta la que ahora ofrece Fletcher.

Material inédito son una pequeña inscripción de Mogente y una nueva lectura del famoso cuanto todavía descuidado plomo de esta localidad debida a don Pío Beltrán. Señalemos también que la cronología de estos hallazgos sería, a juzgar por la cerámica que se encuentra junta, mediados del siglo IV (Lamboglia cit. por Fletcher, p. 45).

Nuevo también es un pequeño plomo de Albaida, de escritura semejante al de Mogente, pero de lectura mucho más difícil: parece se halla, invertida, la *o* tartesia derivada del *wau* fenicio, así como la barra atravesada por tres palos en forma que recuerda el *samech* fenicio. Renunciamos a transcribir la difícil y algo rara inscripción por no considerar resuelta la lectura.

Inédita es también una inscripción de Castellново, donde nos atreveríamos, sobre el dibujo, a leer: *...ateuasabir/asortona...* interpretando como *r* y signo vertical de separación los signos octavo y noveno que al Sr. Fletcher le parecen dudosos. Sometemos a su juicio sobre el

original la propuesta. Con las estelas de Benasal y de Sinarcas, ya bien conocidas, termina este valioso volumen de documentación de primera mano sobre las inscripciones ibéricas.

En cuanto al desciframiento, confesemos nos encontramos en un mal momento, mas por otro lado es un saldo positivo el haber eliminado ciertos fantasmas que, como el vasco-ibérico, estorbaban para una solución del problema. Esperemos, primero, que publicaciones como la presente, más duraderas que las meras hipótesis explicativas, nos den el material en condiciones para su estudio.—A. TOVAR. ,

F. LOPEZ CUEVILLAS. *La civilización céltica en Galicia*. Porto y Cia. Editores. Santiago de Compostela, 1953. 520 págs. y XVI láminas.

El gran investigador de la Prehistoria gallega F. L. Cuevillas, cuya labor es de todos conocida y admirada, acaba de publicar esta recopilación sumaria de sus estudios sobre la Edad del Hierro en el Noroeste de la Península Hispánica, haciendo de esta manera más accesibles todos aquellos trabajos de investigación, que publicados desde la iniciación de su tarea científica, dedicó a diversos aspectos de la cultura de los castros del Noroeste.

Se abre el texto con unas páginas dedicadas a Celtas y Preceitas, en las cuales, previo contraste de opiniones de prehistoriadores, etnólogos y lingüistas, y consideraciones sobre el periplo de Avieno, se llega a la conclusión —que el A. reitera siempre a lo largo de la obra— del predominio cultural de los preceitas u Oestrimnios sobre los celtas, a los cuales imprimen *el acento personal la originalidad* que distingue nuestra cultura del Hierro de las del resto de la Península. A continuación se señala el marco geográfico, que en términos generales comprende el macizo galaico-duriense, considerándolo según las fuentes antiguas, inscripciones romanas, materiales arqueológicos e influjos de otras culturas, y estableciendo finalmente sus límites. A los grupos políticos se dedica el siguiente capítulo, señalándose hasta cincuenta y una tribus de nombre conocido, según las fuentes antiguas, con sus

características políticas y sus diferencias con las del resto de la Península, que se atribuyen al pueblo invadido, y rechazando la tesis de Mendes Correa y Cardozo sobre la continuidad de la habitación de los castros en el Noroeste desde el eneolítico, y creyendo inspiradas las fortificaciones de éstos en las que existen en el Rhin. A este capítulo sigue otro dedicado a características de los castros: densidad, emplazamiento, plantas, ampliaciones, magnitudes, elementos constructivos, defensas especiales, anomalías, entradas, agua, y se vuelve nuevamente a insistir en la necesidad de un estudio comparativo con los *oppida* de las riberas del Rhin.

Se pasa a continuación al estudio de las habitaciones y los poblados, tratándose de las casas de paja y barro, de su coexistencia con las de piedra, de los aparejos, paramentos y enlaces de muros, marcos de puertas, plantas de las casas y su clasificación, dimensiones, altura, distribución, cubiertas, etc., y sobre el origen de la casa circular, que el autor busca en el Mediterráneo.

El vestido, costumbre y carácter, es objeto del siguiente capítulo, dándose aquí una interpretación muy racionalista, a nuestro modo de ver, de las *têtes coupées* gallegas. La vida económica se describe con datos inseguros, en los alimentos, salvo en cuanto a los moluscos y crustáceos hallados en los concheros. La minería, herrería, aurivesaría y cestería, y comercio exterior, tanto terrestre como marítimo, hacia el Sur o el Norte del Atlántico, son objeto de atinadas observaciones. Las armas se estudian tanto en representaciones como en hallazgos, distinguiéndose espadas, puñales (aquí se señalan reminiscencias del Bronce), lanzas, hachas, ceteas, escudos y cascos; y corazas y knemidas (según Estrabón y Diodoro). Las joyas ocupan el siguiente capítulo, y el segundo en cuanto a extensión en el volumen, describiéndose con todo detalle, desde los metales, técnicas de fabricación y adorno, hasta la disposición y tipos de motivos, distribución geográfica, posibles escuelas, así como sus diversas clases: torques, diademas, brazaletes, lúnulas, arradadas, cclares y espirales y otros adorno-

nos de uso indeterminado, y también en cuanto a su origen: diverso y en muchos casos con reminiscencias evidentes del Bronce. Fibulas, hebillas y alfileres se filian plenamente en el Hierro, y se estudian someramente en otro capítulo. Apenas esbozado, y es lástima, está el tema de la cerámica, aunque se encuentran algunas sugestivas observaciones sobre la temática decorativa. Algo más extenso es el capítulo que sigue, dedicado a la escultura, en donde Cuevillas estudia las de verracos, las estatuas de guerreros, el coloso de Pedralva, las "têtes coupées", que no identifica totalmente con las francesas—nosotros creemos que es lo mismo—, y las decoraciones de piedras (sogueados, entrelazos, trisqueles, tetrasqueles, etc.). Hay en este capítulo unas observaciones sobre petroglifos que no nos parecen exactas. A la religión se dedica el más extenso de los capítulos del volumen, ordenando los númenes por formas culturales en 17 clases, y describiendo detalladamente cada una de ellas, casi siempre con su identificación epigráfica. Se encuentran aquí muchas posibles hipótesis de trabajo para futuras investigaciones, y aunque creemos se equivoca al insistir nuevamente en "que es posible que las figuras zocmorfas llamadas de dos trazos, sean por lo menos en parte obra de esta época", no incurre en error al afirmar la continuidad de los petroglifos, y no por los hechos que señala, sino con seguridad por la existencia de svásticas, angulares (cruz gamada) y curvas, en tres de ellos. Particularmente interesante es lo que dice respecto al apartado o), referente a las prácticas con el cadáver. El capítulo siguiente viene a ser una mirada retrospectiva a los anteriores. El penúltimo trata brevemente de la cronología y el último se refiere a la declinación de la cultura de los castros. Cierra el libro una amplia bibliografía, en la que se notan algunas omisiones y referencias incompletas, que podrán subsanarse en futuras ediciones, que es de esperar se lleven a cabo, constituyendo un volumen indispensable en la biblioteca de cualquier estudioso de nuestro pasado prehistórico.—R. SOBRI-NO LORENZO RUZA.

A. GARCIA Y BELLIDO: *La Península Ibérica en los comienzos de su Historia*. Instituto Rodrigo Caro. Madrid 1953, 696 págs., con 50 figs. y VIII láms.

He aquí un nuevo libro del director del Instituto Rodrigo Caro y catedrático de la Universidad de Madrid, doctor don Antonio García y Bellido, que se suma a la ya larga serie de importantes publicaciones, con las que ha remozado en los últimos años el conocimiento de la etapa protohistórica y romana peninsular. No se trata en este caso de una obra monográfica más o menos amplia, como constituye su *Hispaniae Graeca*, su *Escultura romana*, su *Dama de Elche*, etc., o sus comentadas traducciones de nuestras antiguas fuentes, sino de una obra de gran síntesis, presentado de un modo completamente nuevo, en forma de *estampas*, en las que los textos arqueológicos se conjugan de un modo armónico, para ofrecernos por sí mismos narraciones muy vivas de nuestra historia antigua.

Dice su autor que no se trata de un manual de historia antigua y ello en parte es cierto, pero sin duda se trata de un libro de verdadera historia, más interesante que el tradicional cañamazo cronológico, que sin embargo es imprescindible para su comprensión. El libro está dedicado a sus discípulos de la Universidad, pero interesará, sin duda, a toda persona medianamente culta, que quizás con él pueda gozar por vez primera de nuestra historia antigua, hecha antipática para muchos sectores, precisamente por esa sensación de lejanía, no ya en el tiempo, sino de nuestro espíritu, por la encaballada enumeración de datos, citas y opiniones, que desorientan al no investigador. Sin embargo, este libro es estrictamente científico, lo que sucede es que el lector es entrado en el meollo de los diversos aspectos que se describen, de un modo tan suave, que ni se da cuenta muchas veces de que la narración, que le parece tan natural, es fruto de laboriosísimos años de trabajo de la investigación arqueológica y que ha constituido problemas de solución difícil.

La introducción de los textos antiguos en la narración es, sin duda, un gran acierto. A veces vemos como el propio autor ha adaptado su mismo léxico al texto, que luego sigue, de modo que, si no existiera la diferencia tipográfica, difícil sería desglosar ambos textos. Ello constituye una prueba de que las estampas narradas han sido intensamente pen-

sadas por el autor, fruto de su profunda preparación arqueológica, cimentada por el manejo constante de las primitivas fuentes.

En relación al contenido, podemos decir que, agrupadas en 16 capítulos, las 122 estampas que representa, abarcan todos los aspectos interesantes de nuestra protohistoria, desde la toponimia antigua hasta las bodas de Viriato, a través de las creaciones de la mitología o la leyenda, las bases económicas, jurídicas, estéticas, etc., del mundo hispano primitivo. Muchas de estas estampas se entresacan de trabajos bien conocidos de especialistas, a menudo difíciles de hallar, lo que avalora en gran manera este libro. Las más, o han sido remozadas y adaptadas al estilo nuevo de la narración o constituyen obra totalmente nueva. La introducción sobre las fuentes antiguas y modernas, que precede al libro, es de gran utilidad, tanto para los alumnos universitarios como para el lector en general, que halla en esas páginas muchos datos que no aparecen en ninguna otra publicación. Tipográficamente está bien presentado, aunque poco cuidado de erratas, afortunadamente no importantes. Es pobre de láminas (solo VIII) y desglosadas de las estampas respectivas, son en verdad innecesarias. J. M. de M.

MARTIN ALMAGRO: *Las necrópolis de Ampurias*. Barcelona, 1953, 400 páginas, con numerosas figuras y XVIII láminas f. t.

Dentro de la serie de monografías ampuritanas publicadas por el director del Museo Arqueológico de Barcelona y catedrático de su Universidad, doctor don Martín Almagro, aparece con el número 3 este primer tomo de las necrópolis de Ampurias, con una riqueza de presentación poco frecuente. El generoso mecenazgo de don Julio Muñoz ha permitido no regatear esfuerzo alguno para presentar del modo más completo posible el material único en España, procedente de las necrópolis griegas, que constituye el primer tomo de una obra de mayor envergadura (todas las necrópolis de la ciudad de Emporion), que obtuvo en 1952 el Premio Martorell, del Ayuntamiento de la ciudad de Barcelona.

El presente volumen contiene la descripción analítica de las necrópolis de campo: *Martí*, con 140 inhumaciones y 32 incineraciones; *Bonjoan*, con 80 inhumaciones y 4 incineraciones; *Mateu*, 6 inhumaciones y 11 incineraciones; *Gra-*

nada 14 inhumaciones y 1 incineración, y *Las Cortes*, con 158 incineraciones. Ello representa tan sólo parte del número total de sepulturas que contenían originariamente estas necrópolis y que fueron destruidas por los buscadores de tesoros a lo largo de varias centurias. Sin embargo, el material da una clara idea de las distintas etapas de utilización de esas necrópolis. Martí, aproximadamente desde el siglo VI al III, a. J. C.; Bonjoan en dos etapas, siglos VI-V y III-I, a. J. C.; Las Cortes, siglos III-I, a. J. C.

Cada una de las tumbas, reconstruida según las notas y excavaciones de Gandía o excavada en los últimos años por M. Almagro, se describe minuciosamente y se representan sus materiales, por pobres que sean. Ello es de una utilidad extraordinaria, pues la agrupación de las tumbas, fechadas por las cerámicas griegas de importación, sirve también, a su vez, para confirmar la fecha de ciertos tipos de bronceos (fibulas) y a la par para sentar las bases cronológicas de la cerámica indígena.

El predominio de la inhumación sobre la incineración, en una u otra necrópolis, depende del hecho, ya publicado anteriormente por Almagro, del rito constante de la inhumación entre los colonos, mientras las incineraciones son casi siempre indígenas, como corresponde a una población que arranca de núcleos claramente hallstáticos. El análisis de los ajuares nos viene a confirmar en un hecho que hemos notado ya en otros yacimientos, y es la necesidad de revisar la cronología normalmente aceptada en los últimos años para muchos materiales, excesivamente baja, y cuya ausencia en tumbas indígenas de Ampurias, a pesar de tratarse de un dato negativo, merece tenerse en consideración.

El libro constituye de hecho la primera aportación positiva, que permitirá fijar las bases cronológicas de la cerámica indígena, usada en el nordeste de la Península y en consecuencia conocer con precisión la cronología de los poblados indígenas que con Ampurias se relacionaban. Esperemos que en breve tan importante elemento de trabajo se complete con la publicación de las necrópolis romanas y ofrezca así la secuencia completa, no sólo de un aspecto muy importante de la antigua Emporion, sino del desarrollo industrial de las cerámicas, que han de servir para la sistematización futura de toda la prehistoria del valle del Ebro.—J. M. de M.

PALLOTTINO, M. *La Peinture Etrusque*: Editions Albert Skira. Genève (Suisse), 1952, 137 págs. más 64 láms.

A. Pallottino le concien todos los amantes de la Antigüedad. Ha consagrado su vida al fascinante estudio del Mundo Etrusco. Felicitamos a Albert Skira por encabezar su colección "Les Grands Siècles de la Peinture", con una historia del Arte Etrusco y alabamos el acierto en la elección del autor. Pallottino lleva a su libro las conclusiones de muchos años de estudio. El libro está trabajado con un gran amor y admiración hacia el tema. En un capítulo introductorio (págs. 7-22), el autor fundamenta las razones que fuerzan a los editores a dedicar un volumen al arte de este pueblo, dentro de una síntesis grandiosa de toda la pintura europea que intentan en diez tomos. Las razones son de varias clases. Unas exclusivamente artísticas. La pintura Etrusca es el fenómeno más interesante y más subjetivo de todo el arte antiguo y quizás del arte Universal (pág. 7). En segundo lugar, constituye el único conjunto pictórico de testimonios directos que poseemos sobre la gran pintura del Arte Clásico antes de la época romana (pág. 7). Es el eje entre la griega y la romana. Gracias a ella rastreamos la calidad de aquella, y sin ella, no calibramos la pintura contemporánea de Roma y la Pompeyana del primer y segundo estilo (pág. 22). La pintura etrusca, con justificado orgullo lo repite Pallottino, es el primer capítulo del Arte Italiano (págs. 7 y 22). Otras razones que nos impelen a su conocimiento son más bien de tipo histórico. Sin ella, se nos escaparía el mundo viviente y las creencias de ultratumba de este pueblo, del que no traducimos la lengua y del que las fuentes escasean (pág. 8). Sólo Egipto y Etruria pintan tumbas antes del Imperio Romano (pág. 9).

El libro está concebido para el gran público dilettante en arte. Es un obra de síntesis. Un estudio técnico, una rápida ojeada de la evolución artística de siete siglos de pintura más bien, que un análisis minucioso de todos los problemas planteados por ella. Sin embargo, continuamente afloran alusiones a los problemas artísticos, históricos, religio-

sos que plantean las tumbas. Se poda en la obra toda alusión o nota erudita, que estorbe saborear rápidamente el arte de este pueblo. El libro es ante todo un estudio de técnica artística, al mismo tiempo que un esfuerzo por encuadrar las diversas etapas dentro del Arte Griego, y señalar con trazos firmes la curva de la evolución artística. En este aspecto es un libro modelo. La meta propuesta la alcanza plenamente. El estilo es vigoroso y rápido. Las afirmaciones son tajantes y en seguida la pluma se desliza a otros conceptos. El autor no dispone de tiempo, ni espacio, para probar los distintos enunciados. Las fechas de las tumbas, como el estudio técnico, se apoya en la cerámica griega, a la que todo el mundo se vincula. En una página de bibliografía orienta al curioso lector sobre puntos concretos que quisiera ampliar.

Ya en la introducción, con cuatro brochazos rápidos, encaja la pintura etrusca dentro de la griega y señala sus rasgos peculiares. Los griegos pintan en edificios públicos y civiles; los etruscos, además, la tumbas (pág. 11). El Arte Etrusco es un arte profundamente religioso. En la introducción (págs. 13-18), esquematiza las influencias exteriores que en la obra señalará concretamente. Este punto es el fuerte del catedrático de Roma y delata la seriedad y profundidad de sus estudios. El s. VII y comienzos del VI es orientalizante. Es curioso (página 13), que según Pallottino, este orientalismo no es de transmisión directa, sino que se presenta filtrado por Creta, Rodas y Corinto. En la primera mitad del VI, las aportaciones Jónico-asiáticas se mezclan y superponen a la influencia dórica (Corinto). Etruria se relaciona con Sicilia e Italia Meridional. En el siglo VI, el mundo etrusco ocupa el primer plano en la producción artística mediterránea. En el V, por motivos económicos, la calidad disminuye. A partir de esta fecha, los artistas italianos asimilan los adelantos pictóricos de la Grecia Clásica. sin embargo, no cae en lo profundo del Arte Helenístico. Este es el período en que los pintores se vuelven al retrato. Los cuatro siglos anteriores al cambio de Era son un gigantesco cocktail de corrientes diversas.

Uno de los problemas más debatidos por la crítica moderna es el de la nacionalidad de los artistas. El autor admite que pintores griegos trabajasen en suelo etrusco; para él, el problema estriba en definir la personalidad de estos artistas, su formación, preferencias y calidad, basándose en el estudio crítico de los monumentos existentes. Niega rotundamente, creo que con acierto, que la paternidad de las pinturas mejores logradas, haya que asignarlas a los griegos y las flojas a los etruscos. Admite la existencia de diversas escuelas que resolverían muchos problemas. El libro es ante todo un estudio técnico y estilístico; en la introducción en tres páginas, 18-20, presenta la técnica de estos artistas. El libro tiene una ventaja inmensa sobre los anteriores que investigan idéntico asunto; presenta 64 láminas soberbias a todo color que valen por las más subjetivas explicaciones. El método seguido es parecido al desarrollado por Ducati en su Arte Clásico, presenta de cada tumba bien un friso completo, bien una escena aislada, o un personaje y sobre él realiza el estudio técnico y estilístico. Se detiene principalmente en el análisis de los diversos colores.

El libro se divide en cuatro grandes capítulos. A cada uno de los cuales precede un breve esquema. Todas las tumbas se estudian con un patrón parecido: importancia, fecha, lugar que ocupa en la evolución artística, influencia griega. Siempre ofrece una descripción de la tumba para fijarse en un trozo concreto. Las páginas se encuentran continuamente salpicadas de alusiones a los problemas religiosos, técnicos e históricos que las pinturas plantean. Pallottino revisa las tumbas más significativas (18). El primer capítulo comprende el estudio de 6 tumbas. En la síntesis introductoria perfila las ideas lanzadas escuetamente en la introducción general. Para el profesor de Roma, el Orientalismo provendría de Siria, Chipre y del Mar Egeo y se extendería en Etruria por la importación de joyas de oro, plata y marfil, vasos pintados (Rodas y Corinto) y probablemente tapices, esta hipótesis es aplicable a España. En esta época, siglo VI, Etruria nos confirma en la tesis de que el

Mediterráneo Oriental exportaba en gran escala objetos hacia el Oeste. Otra hipótesis, creo que con gran acierto lanzada, aplicable igualmente a nuestra querida patria, es que todas estas corrientes (Eolias, jónico-asiáticas y egeas) no tanto se deben a un comercio cuanto a navegantes, colonos y refugiados greco-orientales afincados en estas tierras, que se pliegan a las exigencias del mundo artístico de su nueva patria. Los numerosos vasos pintados de estilo greco oriental de Caere probablemente son ejecutados por artistas emigrados de Jonia. Como las placas de tierra cocida presentan idénticos caracteres, es imposible deslindar lo jónico puro de lo etrusco.

En el II capítulo, s. V, estudia técnicamente otras seis tumbas: Biges, Monos, de los leopardos, del Triclinium, del lecho fúnebre, y Francesca Giustiniani. Pallottino continúa buscando paralelos con la cerámica griega. En esta parte (pág. 74) obtiene el autor una de sus páginas poéticas más maduras al describir el ambiente del músico entre pájaros. El autor intenta seducirse y transmitir a los lectores la misma inspiración que movía el pincel del artista.

La tercera parte analiza el sarcófago de las Amazonas y las tumbas Golini y Orco. El problema más difícil con que se enfrenta es discernir la nacionalidad de los artistas: en último caso, prueba la asimilación del ambiente etrusco por los artistas griegos. En esta parte logra (pág. 100) otra de sus mejores páginas al analizar técnicamente la cabeza de Velia.

La última etapa comienza como las anteriores, con una introducción breve, acentúa el marcado carácter religioso de esta época. Estos siglos son de pleno dominio del retrato. Recurre para explicar la fisonomía quejumbrosa de los personajes (pág. 109) al carácter de ultratumba de estas pinturas. Analiza cuatro tumbas: La de los Escudos, del Orco, Francois y Typhón. Continúa Pallottino esforzándose en señalar la proyección del mundo griego sobre el etrusco y la asimilación por parte de éste del mundo mitológico de aquél, y señala el parentesco con la nascente pintura romana.

El libro está soberbiamente presentado y hasta en detalles secundarios es perfecto. Acompaña al texto un mapa de las

principales villas etruscas con pinturas; una tabla cronológica, que constituye una sinopsis del libro, una nota sobre la nomenclatura de las tumbas, una página de bibliografía; un índice de monumentos según los lugares y museos; índice de nombres y materias y otro de reproducciones.

El propósito creo está logrado, una visión rápida del parentesco y evolución del arte etrusco. Es un estudio artístico y técnico. No busca una profundidad exhaustiva del tema. Un aperitivo para profundizar los otros en el fascinante mundo etrusco. — J. M. BLAZQUEZ MARTINEZ.

A. MAIURI: *La peinture Romaine*. 153 págs., 84 láms. Editions d'art Albert Skira. Genève (Suisse), 1953.

El libro es el segundo volumen de la colección *Les grands siècles de la Peinture*, dirigida por A. Skira. Es gemelo del primer tomo: *La Peinture Etrusque*, de Pallottino. La concepción y desarrollo del tema son idénticos. Maiuri es uno de los mejores especialistas en pintura romana. Su monumental obra en dos tomos *La villa dei misteri*, Roma, 1947, es un libro insustituible; el autor, a sus conocimientos sobre el tema, une el ser el excavador de Herculano. En su obra se reproducen láminas de reciente aparición.

Participa de todos los defectos de los libros de vulgarización. Los editores, sin duda, más que un tomo de consulta, pretenden ofrecer al gran público una obra magnífica por la presentación de las láminas. Estas en *La villa dei misteri* eran soberbias, pero no estaban en colores. El libro de la colección Skira lo que pierde en profundidad lo gana el lector al contemplar las magníficas reproducciones en las tonalidades originales. Basta hojear el libro, se obtiene una visión relativamente exacta de la pintura romana. Unas láminas de esta calidad son el único sustitutivo de la visión directa, ellas equilibran la flojedad del texto.

Maiuri siente las limitaciones impuestas a recibir su trabajo. El fin propuesto lo señala tajantemente al escribir en el prólogo: "Ce livre se propose de donner au lecteur une vue d'ensemble succincte

mais aussi rationnelle et complète que possible de la peinture antique en Italie, des origines jusque'aux dernières manifestations avant l'éruption du Vesuve en 79 après J. C., exception faite de la peinture étrusque..."; todo el libro se ajusta perfectamente a este propósito. Es una visión rápida de la pintura romana. No se plantean problemas. El estudio artístico, por necesidad, se resiente de superficialidad excesiva; los temas sólo se esbozan. El libro es un cuadro impresionista. Unas pinceladas sin rematar perfilan, muy someramente, el magnífico panorama de la pintura romana.

Este defecto es achacable, no al sabio italiano que trabaja su obra con toda seriedad; en todas las páginas aparece un esfuerzo titánico por encuadrar del modo más perfecto posible el arte romano dentro del estrecho marco disponible. Dentro de las escasas posibilidades, se presenta bien rematado y constituye un ejemplo a imitar por los eruditos que se encuentran en parecida situación.

Maiuri sigue en el desarrollo una dirección opuesta al prof. Pallottino. La situación de ambos investigadores es distinta. Pallottino se encuentra con una pintura que evoluciona a lo largo de seis siglos, sin contar con unos centros que artísticamente eclipsen a los restantes; Maiuri con tres localidades de primer orden, y concentra la fuerza del estudio en ellas. No es un análisis de toda la pintura romana, sino más bien de estas tres ciudades (Pompeya, Herculano, Stabiae). Esta elección constituye uno de los grandes aciertos.

El libro no es completo: falta la pintura cristiana y toda la romana posterior al 79. Se ofrece la quintaesencia del arte pictórico romano. La pintura cristiana es sumamente importante. Todo el que la silencia, por fuerza, su conocimiento de este arte será manco. Aquí se presenta exclusivamente la parte más granada y llamativa, que es la que realmente interesa al gran público. Maiuri elige las 84 láminas mejor logradas y significativas. La elección acusa el fino gusto artístico del investigador, que se pasea por la materia con pleno dominio de ella. Continuamente afloran alusiones que de-

latan la profundidad en los conocimientos del autor.

Comienza con una introducción, que es una ojeada general a la pintura romana. Con gran acierto, señala la profunda influencia que en toda la pintura romana tiene el arte helenístico. Ya en el prólogo indica este fenómeno, que confirma plenamente en el texto.

El problema más endiablado y capital de toda la pintura romana, es señalar: el autor se esfuerza continuamente en ello, y este esfuerzo es el principal mérito del libro, el arte pictórico helenista empapando la pintura romana.

El arte romano se encontraba en manos de artistas griegos, sin negar que este contacto de las ciudades romanas con los pintores helénicos, despertase en ellos aficiones artísticas. El autor indica acertadamente el sello romano que siempre presentan las obras ejecutadas por griegos, y cierra el libro con asuntos de típica ejecución romana.

Se divide en seis grandes capítulos: Pintura pre-romana en Campania y Roma. La pintura oficial en Roma. La pintura mural en Campania. Los cuadros con representaciones. La Naturaleza en la pintura de Pompeya. La vida y costumbres en la pintura popular.

Sobre las láminas ejecuta el estudio. Maiuri se fija poco en los colores. Examina la situación del cuadro y generalmente pasa a un análisis artístico, en el que se detiene brevemente señalando la corriente a que pertenece. El autor asienta que es difícilísimo distinguir los artistas y las escuelas, sí las grandes corrientes. Continuamente descubre el parentesco con el mundo griego. En esta época ya no existían vasos; como la pintura desgraciadamente se perdió, hay que barruntar a través de las fuentes lo que sería. El autor realiza un titánico esfuerzo. Con cierta frecuencia compara determinadas piezas con tendencias o artistas contemporáneos: el hecho acerca a nosotros la pintura romana. Las páginas están salpicadas de alusiones poéticas que explican las pinturas; fechas sobre su descubrimiento; referencias a las fuentes escritas; a comparaciones con otras, señalando siempre el medio-ambiente, que frecuentemente aclara las co-

rientes artísticas y la preferencia por los temas, siempre recalca el carácter netamente romano que se cuele de rondón en las corrientes típicamente griegas. El enfrentarse con este problema e intentar resolverlo someramente avalora el libro y acusa la alta calidad del sabio italiano.

En el primer capítulo estudia el friso de Ruvo y las tumbas de Paestum y Cumas. Acentúa que el arte de Campania está estimulado por los griegos; los frisos de Ruvo por los vasos áticos de pinturas rojas e indica la diferencia con Etruria y la expresión libre y personal de esta pintura.

En el segundo capítulo presenta la Casa de Livia, Farnesina, las bodas Aldobrandinas y Paisajes de la Odisea. En estos años hacen su plena aparición los artistas griegos. Dos corrientes, neoclásica y romana que se entremezclan y completan. El autor señala siempre el fuerte carácter romano de las obras.

El tercer capítulo comienza con un análisis de los cuatro estilos pompeyanos; son dos capítulos muy apretados de contenido; el estudio es profundo, dentro de los límites posibles y resulta un tanto pesado y de lectura lenta.

A continuación examina la Villa de los Misterios de Boscoreale, la Basílica de Herculano, y el mosaico de Alejandro. Tal vez, en la Villa de los Misterios y en el Mosaico de la Batalla de Alejandro logre dos de sus mejores estudios.

De las ochenta y cuatro láminas, sesenta y dos se toman de Pompeya; la Villa de los Misterios da once; de Herculano se eligen siete; tres del Vaticano; una de Boscoreale; una de Cumas; tres de Paestum; dos de Roma; una de Ruvo; Stabies ofrece cuatro.

Los restantes capítulos se ordenan por materias, cuadros con asuntos teatrales, retratos, paisajes, jardines y animales, etcétera. Esta disposición es acertada, ya que es la única forma de encuadrar los temas. Para el gran público, es más clara la selección por temas que por estilos.

El estudio continúa en el mismo tono: alusiones al parentesco entre una y otra pintura; estudio estilístico; comparación con modernos; con griegos; alusiones a problemas planteados y esbozo de solución.

En cada punto que trata, la primera y segunda página son un vistazo al tema de conjunto para colocar al lector en el verdadero punto de vista.

Estos tres últimos capítulos se leen con gusto. Las láminas se seleccionan con acierto y presenta las más significativas y de calidad artística mejor lograda. El análisis estilístico es sumamente ligero. Frecuentemente se citan pinturas no representadas.

El esfuerzo de Skira es laudable en grado sumo. No conocíamos libros de arte antiguo tan maravillosamente presentados. Ofrece bastantes reproducciones que ocupan toda la página.

Al texto acompañan dos páginas de bibliografía.—J. M. BLAZQUEZ.

E. GOSE: *Gefäßtypen der römischen Keramik im Rheinland*. Rheinisches Landesmuseum Bonn, beiheft 1 der *Bonner Jahrbücher*, Verlag Butzon und Bercker-Kevelaer, Rheinland, 1950, 47 páginas y LXI láms.

El retraso con que se verifica la difusión de la bibliografía científica extranjera nos ha impedido dar a conocer anteriormente esta interesante aportación del museo de Bonn al conocimiento de la cerámica romana, aportación tanto más notable cuanto que son muchos los museos e instituciones que no cuentan en sus bibliotecas con la totalidad de la bibliografía referente a las excavaciones de los castros renanos y sus resultados, ésta es, sin duda, una de las características más dignas de mención de esta obra de Gose, recoger en una publicación moderna y de acuerdo con la nomenclatura científica generalmente adoptada, la totalidad de los perfiles de los vasos romanos hallados en Renania y completando este *corpus* con un breve texto, casi un índice, señalando la procedencia, la cronología y, en el caso de la *terra sigillata*, la nomenclatura tipológica, indicando asimismo la bibliografía "de primera mano" sobre la estación, o estaciones, donde ha aparecido aquel tipo de vaso. En cuanto al álbum gráfico, y en consecuencia, la estructura del texto, el autor ha agrupado las cerámicas por especies, tipos o finalidades, prescindiendo de realizar una seriación cronológica, siempre algo difícil de realizar con

exactitud y sin confusionismos cuando se trata de cerámicas por especies, a este respecto la publicación de las cerámicas comunes, ya sean locales o de importación, es muy interesante y creemos era de gran necesidad, señalemos asimismo que, en general, muchos de los perfiles correspondientes a vasos comunes, especialmente por lo que se refiere a la primera mitad del siglo I, corresponden al ambiente cultural del Mediterráneo Occidental, con el cual mantenía el *limes* renano importantes relaciones económicas, y son por ello muy interesantes en lo que a España, y no digamos en Francia, se refiere.—A. BALIL.

OTHMAR PERLER: *Die Mosaiken der Juliergruft im Vatikan*. Rektoratsrede zur feierlichen Eröffnung des Studienjahres am 15. November, 1952. Universitätsverlag, Freiburg in der Schweiz, 1953. 75 páginas y doce láminas.

Este discurso rectoral está dedicado a la interpretación de los mosaicos del hipogeo de los Julios, investigado en las excavaciones famosas realizadas debajo del Vaticano y situado a poca distancia de la tumba de San Pedro. La importancia de este monumento deriva de su antigüedad, que sitúa a las representaciones de los mosaicos como muestra primerísima de la iconografía cristiana. Tan poco formada todavía aparece ésta, que la labor del Prof. Perler consiste precisamente en interpretar como cristianas alegorías que no lo son a primera vista. Es la representación de Jonás la que da en primer lugar seguridad de que nos hallamos ante un momento cristiano. Restos de un Buen Pastor lo confirman. Pero es en la interpretación del pescador que echa su red y en la del Cristo en figura solar, conducido en carro de dos caballos (quizá eran más, pero el mosaico está destruido en esa parte), donde el autor, con maravillosa erudición, consigue interpretar estos símbolos. Textos de la escritura y de los Padres, y monumentos cristianos y paganos, sirven para asegurar la interpretación y explicar históricamente los mosaicos. El resultado es algo más que una simple explicación: es un cuadro completo de la utilización por los cristianos de

los símbolos creados dentro del paganismo. Un pequeño cambio basta para cristianizar lo que de lejos se nos muestra separado por inconcitable enemistad: así cuando los rayos del Sol Invictus se ordenan para formar la cruz en el auriga del hipogeo de los Julios. Encontrar en estas adaptaciones paganas la explicación de más de un texto de la liturgia es lo que da a la sabia monografía del Sr. Rector O. Perler un valor profundamente histórico.—A. TOVAR.

PH. CORDER: *The Roman Town and Villa at Great Casterton, Rutland*, University of Nottingham, Nottingham, 1951, 42 págs. 10 figs., 2 láms.

La aportación de la Universidad de Nottingham, pese a no tener este centro docente la prosapia humanística de Oxford o Cambridge, a la arqueología romanobritánica es muy notable y, sin duda lo será más aún, pues no debe olvidarse que en este centro ha desempeñado durante largos años la cátedra de historia de la Britania romana un investigador de la talla de Oswald, asimismo este centro cuida escrupulosamente de la preparación técnica de sus alumnos, realizando cursos de verano eminentemente prácticos, en los que los propios estudiantes excavan estaciones romanas, estudian los materiales y discuten la cronología bajo la inspección del director del curso. El libro que reseñamos es fruto del segundo curso de esta escuela veraniega de arqueología romanobritánica: el director del curso, Philip Corder, sólo figura en él como director y coordinador de la publicación, pero cada parte tiene su autor responsable; se trata, pues, de una auténtica labor de equipo, tanto más meritoria si se tiene en cuenta la pequeñez material de esta obra, en la que no falta el informe pericial de destacados especialistas. La técnica de excavación es, desde luego, magnífica, tal y como nos tienen acostumbrados los arqueólogos ingleses; destaca especialmente el estudio estratigráfico de un corte de la muralla, construída con tierra y cascote, como es frecuente en las fortificaciones romanas de Britania, lo minucioso de esta estratigrafía con sus niveles irregulares y sinuosos nos recuerda dignamente el magnífico corte estrati-

gráfico de la *Comandant House* en *Margidunum* que publicara Oswald. Los elementos cerámicos de estos niveles pese a lo escasos, han sido rigurosamente estudiados, y de ellos han deducido los autores, pues en este caso es más propio hablar de autores, interesantes datos por lo que al nivel cultural y económico de la población se refiere. Muy digno de mención es el estudio de la *villa*, excavada en un área muy reducida pero con minuciosidad tal que ha sido posible, estudiando conjuntamente las estructuras y superposiciones de las construcciones en relación con los hallazgos cerámicos estudio que por su minuciosidad contrasta fuertemente con el método consuetudinario de publicar una *villa* limitándose exclusivamente al estudio arquitectónico y de los materiales musivos, cuando los hay, y olvidando totalmente la publicación de los materiales cerámicos, que ciertamente son, en la generalidad de los casos, pobres o más bien míseros, pero de los que pueden deducirse importantes consecuencias; añadamos empero que en este caso la minuciosidad no se ha limitado a la cerámica, puesto que tan riguroso método ha sido aplicado a los hallazgos monetarios, a los hierros, que han sido analizados tanto desde el punto de vista químico como del metalúrgico, e incluso al único hallazgo de cierto interés artístico, una plaquita de hueso de aplique, estudiado por J. M. C. Toynbee; asimismo el único hallazgo vítreo ha sido estudiado, estilística, cronológica y técnicamente por D. B. Harden.

Deseemos, pues, vivamente la continuación de estos cursos de la Escuela de Verano de Arqueología romanobritánica y que sus miembros persistan en su espíritu cooperativo sacrificando sus personalismos al dejar de figurar como únicos autores del trabajo, para realizar, con riguroso espíritu científico, esta labor de equipo que culmina, como puede verse, en una señalada aportación al progreso de la arqueología.—A. BALIL.

J. MERTENS: *L'urbanizzazione del centro di Alba Fucense. Atti della Accademia Nazionale dei Lincei*, anno CCCL, 1953, *Memorie*, Serie VII, volume V, fascicolo 4, págs. 171-94, 23 figs.

Los resultados de las excavaciones bei-

gas en Alba Fucens (1949-50) habían sido publicados *grosso-modo* por De Visscher, el reciente trabajo de Mertens que re- censionamos, tiene por objeto dar a conocer los interesantes resultados obtenidos en lo que se refiere a la topografía de la ciudad y su evolución, especialmente en su centro urbano. *Alba Fucens* fundóse en 303 a. d. J. C., perdurando hasta la Baja Edad Media, por lo que sus excavaciones ofrecen un gran interés, en especial el estudio de sus estratos para la solución de los problemas que plantean las cerámicas republicanas y del Imperio.

Principal interés presenta el mercado público, situado al sur de la basílica. Bajo los restos del mercado existen ocho cámaras subterráneas, dispuestas en dos series paralelas, separadas entre sí por muros, desgraciadamente muy destruidos, sin que sea posible saber si esta separación era total y completa. La techumbre de estas cámaras, bóveda de medio cañón, está agujereada en cuatro de ellas, estos agujeros fueron obturados por construcciones posteriores, cubriéndolas directamente el pavimento, de grandes losas, del mercado más antiguo. El estudio estratigráfico de una de estas cámaras ofreció, aparte numerosos huesos de bóvidos y otros animales, un estrato, bajo los escombros de la bóveda, en el que abundaba la *terra sigillata* y fragmentos de ánfora, un vaso de *terra sigillata*, Dragendorff 29, de La Graufesenque y correspondiente a los reinados de Claudio-Nerón.

Junto a la basílica se conservan cuatro *tabernae* que constituyen el lado NW, único conservado, del mercado antiguo, paralela a estas tiendas una callejuela comunicaba el mercado con las dos grandes vías próximas. Una estratigrafía realizada en una de las tiendas indicadas permitió comprobar que este mercado fué destruido por un incendio hacia la mitad del siglo I d. J. C. Este incendio motivó que después de algunas restauraciones provisionales se construyera un nuevo mercado, éste de planta circular, para lo cual se procedió a elevar el piso en 90 cm., aproximadamente, terraplenándolo. El estudio de los materiales de relleno, que se usaron también para rellenar las galerías subterráneas, indica que este trabajo es posterior al reinado de

Domiciano y fechable a mediados del siglo II d. d. J. C. Por lo que a la construcción del mercado de planta cuadrada y las galerías se refiere, construcciones que indican el primer período de gran actividad urbanística y urbanizadora en *Alba Fucens*, los hallazgos monetarios y la cerámica tienden a señalar este período de actividad en la edad siliana, fines del siglo II a. d. J. C. — primera mitad del I a. d. J. C. Las comparaciones con las construcciones bien datadas, como el templo de la Fortuna en Praeneste, confirma estos resultados.

Este trabajo de Mertens constituye un modelo de método arqueológico tanto en lo que a trabajo de campo se refiere como a publicación; el autor demuestra sentir una despreocupación cronológica que le permite enfocar su trabajo como una aportación histórica. Señalemos finalmente que el autor ha utilizado para el estudio de las cerámicas la bibliografía fundamental (Oswald, Lamboglia, Loeschcke, etc.) así como para las monedas. Es de desear que este trabajo, que manifiesta sobradamente la rigurosidad científica con que se han realizado las excavaciones belgas en *Alba Fucens*, constituya un estímulo en los medios arqueológicos romanos tan impregnados de esteticismo. —A. BALIL.

GENNARO PESCE: *Il Tempio d'Iside in Sabratha*. Monografie di Archeologia Libica IV, *L'Erma*. Roma, 1953. 78 págs. XII láms. y 37 figs.

Esta reciente monografía de Pesce está destinada al estudio arquitectónico y artístico del Iseo de Sabratha, cuya excavación inició Guidi en 1934 y continuó Caputo hasta 1940. Desde 1943 hasta la primavera de 1944, época en que el autor dirigió las actividades arqueológicas en Libia durante la ocupación militar británica, centró sus actividades en este templo continuando los trabajos durante el bienio 1946-47 con autorización del *Department of Antiquities* de la *British Military Administration for Tripolitania*.

Este templo se halla situado en el extremo N. E. de la ciudad, junto al mar, los embates del cual han destruido buena parte del sector E. W. El santuario se compone de un *fanum* central rodeado

por un peristilo cerrado, y éste, a su vez, por el *peribolos* del mismo. El *fanum* fué construído sobre un podio que es la única parte que se conserva del *fanum* y de la que pueden deducirse su disposición: *pronaos* y *cella* rectangulares, un conjunto posiblemente periptero y frente próstila, tetrástila. La conservación de los muros del podio es buena bajo las escaleras de acceso, extremo Sur, se conservan dos cisternas. El peristilo está sobreelevado con respecto al nivel del suelo, realizándose el acceso mediante gradas, y delimita un ambulatorio. La escalinata que, por el muro del *peribolos*, constituye el acceso principal al templo se halla cerrada por un muro tardorromano.

En el ala E. del *peribolos* fueron descubiertos varios *sacelli*, un altar en el ángulo S. W. y cuya construcción, en su estado actual, pertenece a dos épocas. Junto a este altar hay algunos *Bothroi* (?) y dos tinajas rectangulares.

Entre el material hallado destacan algunos fragmentos epigráficos, entre ellos el de la inscripción dedicatoria del templo, fechada entre el 76 y el 79 d. d. J. C., reinando Vespasiano. Algunas piezas escultóricas, entre ellas una estatua de Isis, mutilada, en mármol de Paros; una cabeza, incompleta, de Harpócrates, etcétera. La cerámica es descrita a prisa y casi con disgusto: cinco fragmentos de *terra sigillata*, cuyas formas no se describen, y muy sumariamente la decoración, sólo se ilustra un fragmento que parece corresponder a las especies tardías decoradas con relieves aplicados y sin barnizar, comparables al gran *missorium* del M. A. N. o el de Tamuda, tampoco se ilustran las lucernas, que sólo se describen sumariamente, y en cuanto a su tipología el autor se limita a indicar si tienen uno o dos mecheros. Con mayor cuidado se describen los hallazgos numismáticos, en su mayoría pequeños bronce constantinianos.

Cronológicamente el primer Iseo debió ser augusteo o algo más moderno, pero no posterior a Calígula, posiblemente contemporáneo del primero de Pompeya. El segundo se fecha por la inscripción dedicatoria, muy mutilada, siendo aban-

donado, quizás destruído, por los cristianos en el siglo IV.

En resumen, y esto parece ser una característica general de la colección citada, la presente obra es un estudio arquitectónico y artístico de las ruinas del Iseo de Sabratha; inútilmente se buscará en ella alguna referencia a las condiciones económicas de la ciudad, ninguna preocupación de tipo histórico o social, el material, aparte del epigráfico y el escultórico, ha sido publicado con desgana y no parece, a excepción de las monedas, que el autor haya creído pudiera obtenerse de aquél ninguna aportación para el establecimiento de la cronología, tan dudosa por otra parte, parece asimismo que el autor ignore, o quiera ignorar, los resultados obtenidos por tantos investigadores en el estudio de la *terra sigillata* o las lucernas. El curioso muro tardorromano que cierra el acceso al templo no ha merecido otra preocupación que señalar lo interesante de su demolición con el fin de obtener materiales epigráficos.

En resumen, la presente obra de Pesche cuadra con las manifestaciones aun recientes de Caputo (cfr. Giacomo Caputo: *Pentapoli Cirenaica, Orientamenti nell'esplorazione di Tolemaida, La Parola del Passato*, VIII, 1953, ps. 48-52), quien cifraba el interés arqueológico de Tolemaida, explicando así el motivo de sus campañas, en la interesante evolución del arte helenístico en aquel territorio. Es de lamentar que posiblemente los únicos resultados que puedan esperarse de la publicación de las grandes campañas italianas de excavación en Tripolitania, inéditas en su mayoría, y no siempre controladas por el propio director, sean varios volúmenes sin otra finalidad que la publicación de algunos monumentos de interés artístico. Esperemos que los directores del *Department of Antiquities* del Reino de Libia, sigan otra orientación en sus planes y nos aclaren tantos aspectos y problemas no atendidos por los investigadores italianos.—A. BALIL ILLANA.

G. FORNI: *Il reclutamento delle legioni da Augusto a Diocleziano*. Pubblicazioni della Facoltà di Filosofia e Lettere

della Università di Pavia V. Fratelli Bocca Editore. Milano-Roma, 1953.

En estos últimos años hemos podido comprobar un notable incremento de la bibliografía dedicada al estudio del ejército romano superando los resultados de Harster, Momsen, Rütterling, Seeck, Baer, Cuntz, etc. Nos referimos principalmente a los recientes trabajos de Birley, Durry, Passerini, Pagnoni, Kraft, Vittinghoff, Wickert, Gigli, Alföldi (hijo), Betz, Van Berchem, Wágner y Nesselhauf. A esta copiosa serie de publicaciones debe añadirse los numerosos estudios sobre fortificaciones, especialmente de los *limes*, que han culminado en el reciente congreso de Durham.

El presente libro de Forni es una aportación fundamental sobre el tema del reclutamiento, sólo estudiado sistemáticamente por Mommsen, los materiales reunidos son copiosísimos, y a este propósito merece destacarse la utilización de la bibliografía epigráfica hispana, cosa que no acostumbra a ser muy frecuente.

Tras señalar en una breve introducción las conclusiones fundamentales de Mommsen (derecho de leva, diferencias del reclutamiento en la zona Oriental y Occidental del Imperio, la exclusión de los ciudadanos itálicos ordenada por Vespasiano y la "provincialización bajo Adriano" y su universal aceptación, señalando la oposición de Seeck y las modificaciones de Baer, indicando el predominio ilírico en el siglo III, pasa Forni al estudio del derecho de leva o reclutamiento, demostrando que era plenamente imperial no sólo en las provincias imperiales, sino también en las senatoriales. El hecho de que el número de las legiones no aumentara de acuerdo con las necesidades de un modo progresivo, no debe atribuirse a la repugnancia del emperador a someterse a una decisión senatorial, sino a la falta de medios del erario imperial.

La extensión del imperio motivó la aparición de reclutadores, de orden senatorial para las provincias senatoriales, de orden ecuestre para las imperiales. Cada región itálica y cada provincia constituían un distrito de reclutamiento. No pocas veces esa función la ejercerían centuriones o simples legionarios, Para

el ingreso, aparte el ser ciudadano, condición que podía obtenerse al solicitar el ingreso, se revisaban los antecedentes penales y se exigían condiciones físicas muy superiores a las exigidas en los ejércitos modernos (una talla de 1,77 m. a 1,71, bajo Tiberio; 1,64 m. en el código Teodosiano), en cuanto a la edad, parece ser que la preferente era de los 18 a los 23 años, aunque no faltan referencias de legionarios ingresados a los 13 e incluso a los 35, cual sucediera en las levas obligatorias ordenadas bajo Augusto a raíz del desastre de Varo.

Jurídicamente, el servicio militar fué siempre obligatorio. Causas sociales, bien estudiadas por Rostovzeff, y económicas, imposibilidad de mantener y equipar tan numeroso ejército, privación de brazos a la agricultura y la industria, obligaban a recurrir al reclutamiento voluntario, un reducido contingente, 5.000 hombres por año, bastaba a cubrir las necesidades de las legiones de Augusto y Tiberio en tiempos de paz. El voluntariado no excedía probablemente de esta cifra, ya que Augusto no pudo cubrir la pérdida de las tres legiones de Varo, y para atender a la defensa del Rin debió recurrir al reclutamiento forzoso, e incluso, ante las sublevaciones de las legiones en Iliria y Panonia, reclutó libertos y gladiadores. Esta escasez de hombres se explica por lo escaso del sueldo (225 denarios anuales bajo Augusto, que Domiciano elevó a 300 y Septimio a una cifra desconocida), de tan reducida paga deducíase el valor del equipo, los gastos de manutención y una cantidad para la exención de ciertos servicios gravosos. La paga de las fuerzas auxiliares era, contra lo que se viene creyendo, de 5/6 del *stipendium* de los legionarios. La insuficiencia de la paga era proverbial, como prueba la correspondencia de los soldados con sus familiares. Por ello Forni plantea el problema de que las pretendidas liberalidades de los emperadores del siglo III no fuesen sino simples *pagas extraordinarias* tendentes a atenuar la escasez del sueldo ante la carestía de la vida. Falta saber si el *praemia militiae*, que en concepto de retiro se entregó desde Augusto a los soldados licenciados, previo aumento de la duración del servicio, consistente

en 3.000 denarios, bastaba a asegurar cierto bienestar o sólo servía para evitar que los antiguos soldados murieran de inanición. Añadamos que el erario militar no bastaba a cubrir estos gastos, por lo que la creación del cuerpo de los *vexillari* motivó que se hallaran en servicio activo soldados con 30 y 40 años de servicio. Son muy abundantes las referencias de soldados licenciados con 25 años de servicio. La sustitución de los *praemia militiae* por los repartos de tierras, no pocas veces improductivas, motivó no pocas protestas de los soldados a quienes quería asentarse en territorios alejados de su patria o del lugar en que habían servido. Bajo Adriano, sin duda ante el aumento del valor de la tierra, se interrumpió definitivamente la creación de colonias militares. Pocos fueron los veteranos que regresaban a su patria, permaneciendo la mayoría no lejos de sus antiguas guarniciones, puesto que, aparte los motivos sentimentales, las provincias lejanas ofrecían mejores perspectivas económicas y sociales que Italia u otros territorios más romanizados, y estas perspectivas afectaban también a la familia de los veteranos y sus descendientes, aparte de la posibilidad de obtener ciertos empleos subalternos en la administración imperial.

Por lo que a la patria de los legionarios se refiere, los provinciales abundan en las legiones de Marco Antonio y las augusteas, y asimismo reclutó numerosos efectivos en Occidente, aunque dominando las tropas itálicas. La proporción se invierte bajo los flavios. Cabe explicar esta disminución de los itálicos por el desplazamiento del país, bajo Marco Aurelio y Maximino, en que se reclutan efectivos itálicos, se recurre a las regiones septentrionales. Señala Forni lo gradual de esta separación, que se inicia bajo Augusto. Señalemos, sin embargo, que los argumentos aducidos, pese a ser muy trabajados, son poco convincentes, la exploración intensiva de las ciudades itálicas señalará hasta qué punto es lícito hablar de despoblación, asimismo lamentamos el olvido de las páginas de Rostovzeff sobre este tema y su tesis de tipo social. Es asimismo sensible que Forni no señale las bases de

su criterio de datación de los materiales epigráficos utilizados.

Por lo que a las áreas de reclutamiento se refiere, las legiones occidentales se nutren principalmente, desde Augusto a Trajano, con soldados procedentes de las provincias occidentales. Los orientales, por igual motivo, dominan en las legiones de guarnición en Oriente. En el Ilírico dominan las tropas de origen occidental; en Messia dominan los orientales. En suma, los límites de estas zonas coinciden con los límites étnicos y culturales.

En los siglos II y III domina el reclutamiento territorial, nótese la frecuencia de la omisión del *origo* en las inscripciones. Aquellas provincias sin guarnición legionaria en su territorio suministran tropas a las legiones de las provincias cercanas. No debe olvidarse en el caso de que aparezcan legionarios procedentes de otros territorios con guarnición propia, la posibilidad de *trastationes*. La conclusión de Forni es firme: la provincialización del ejército es muy anterior a Adriano, puesto que no se trata de una "ley", sino de un hecho progresivo.

Imprescindible fué en los siglos I y II, para servir en las legiones, ser ciudadano romano, aunque en Oriente, Augusto y Tiberio reclutaron legionarios peregrinos a causa de la escasa romanización de aquellos territorios. Los ciudadanos de nacimiento dominaban en los efectivos, aunque en algunos casos la ciudadanía se concedió probablemente en el enrolamiento. Cuando en casos excepcionales recurrióse a reclutar libertos, éstos formaron unidades autónomas.

En cuanto a la posición social de los legionarios, pese al deseo de Augusto de que los legionarios procediesen de la clase media, las escasas perspectivas económicas de la carrera de las armas motivaron un predominio de las clases sociales humildes. La admisión de los provinciales aumentó este nivel social del ejército. Esta categoría social no se opone para Forni a los sucesos del 69, explicables, según él, y frente a la opinión de Rostovzeff, por los distintos componentes étnicos de los distintos ejércitos y el enardecimiento de las pasiones, propio de toda guerra civil. Sin embargo,

el problema no nos parece resuelto por el hecho comprobado de la categoría social de algunos legionarios, no comprendemos qué atractivo pudiera ofrecerles lo dura vida militar, excepto la posibilidad de la obtención de la ciudadanía, lo que en la mayoría de los casos aducidos parece deba descartarse; además, espíritus aventureros y "ovejas negras" los ha habido siempre, creemos que vale la pena insistir sobre este punto, así como las características económicas de las zonas de reclutamiento.

En apéndices se publican los documentos epigráficos probativos de la tesis del autor y que, sin duda, por ser el resultado de una investigación minuciosa, recurriendo a numerosa bibliografía de difícil adquisición, constituye un valioso medio de trabajo, edad de reclutamiento, duración del servicio, lugar de residencia al licenciarse, hoja de servicios, patria, época de reclutamiento y finalmente un cuadro cronológico de la composición étnica de las legiones.

En resumen, este libro de Forni es una aportación interesantísima a la historia interna del ejército romano en general y de las provincias en particular. Indudablemente, los materiales aportados permitirán obtener conclusiones muy interesantes para la historia económica del Imperio romano.—A. BALIL.

F. BENOIT: *L'archeologie sous-marine en Provence. Rivista di Studi Liguri*, XVIII, 1952, numeri 3-4, luglio-diciembre, páginas 237-307, 73 figs. y un mapa desplegable.

En este trabajo el Prof. Benoit, director del Museo Borely de Marsella, da no sólo un estado de la cuestión por lo que se refiere a los hallazgos y exploraciones submarinas realizadas en las costas provenzales, de lo más importantes de los Marsella, la nave de *Lassius* y la de cuales como las naves de *Sestius* en Saint-Tropez se tenían algunas noticias de carácter informativo, sino que traza un cuadro completo del modo y los elementos que realizan estas investigaciones, entidades deportivas, grupos de investigación local, grupos técnicos de la marina de guerra etc., parece que en estas actividades, nacidas en estos últimos años, se está superando totalmente

la fase inicial de diletantismo y "pesca" de *souvenirs* para convertirse en una labor realizada con toda la rigurosidad científica. Los hallazgos más interesantes son los ya señalados de la nave de Sestius, hundida hacia el 200 a. d. J. C., aproximadamente, y que contiene ricos materiales campanienses del tipo A, de gran interés para la datación de los poblados ibéricos levantinos; la nave de Saint-Trophez, cuyo cargamento consistía en piezas arquitectónicas talladas en mármol de Carrara, transportadas con el fin de reconstruir el templo de Augusto en Narbona después de su destrucción, el 149 d. d. J. C. Al catálogo de hallazgos, ánforas, anclas, objetos artísticos, etcétera, ricamente ilustrados, sigue un detenido estudio de los materiales relacionados con el comercio vinícola entre la Campania y la Narbonense, muy intenso a resultas de la prohibición de su cultivo en aquella provincia, disposición emanada del senado romano a fines del siglo II a. d. J. C. El estudio de los tapones de ánfora, muy interesantes por sus inscripciones, que permiten identificar, como lo ha hecho recientemente Jacques Heurgon, los exportadores, sigue el de otros tipos de opérculo, como los tapones de corcho, anotemos a este propósito que el corcho fué uno de los productos de exportación de la España romana, los anforiscos, tan abundantes en nuestro país y tan mal interpretados hasta fecha aun reciente, para estudiar finalmente lo que, con frase feliz llama *civilización del vino*. Añadamos a todo ello un estudio de los restos de instalaciones portuarias, localizadas en Fos, Olbia, Antibes, etc., y de las industrias pesqueras provenzales, no en vano se conserva en Provenza la salsa de anchoas, modalidad del *garum*. El trabajo concluye con un inventario de los abundantes materiales provenzales de iconografía y arqueología naval. Destaquemos el estudio de los cepos, y otras piezas de ancla, idénticos a los de Cartagena, y cuya reconstrucción coincide totalmente con la propuesta por Jáuregui.—A. BALIL.

HANS JURGEN EGGERS: *Der römische Import im freien Germanien, Atlas der Urgeschichte*, Band I. 1 vol. de texto,

212 págs. y 4 láms., un vol. de láminas con 16 láms. y 64 mapas. Hamburgisches Museum völkerkunde und Vorges chichte. Hamburg 1951.

Este libro es fruto de una investigación que tanto por las pasadas circunstancias bélicas, como por su propio contenido, no ha podido ser breve, necesariamente; su redacción ha debido requerir esfuerzos no escasos, pero creemos que el resultado ha compensado éstos ampliamente. La obra no es un libro de lectura, ni de tesis, ni creemos que el A. se lo hubiera propuesto, pero sí constituye un utilísimo instrumento de trabajo y es un exponente más de las perspectivas del método cartográfico en la investigación arqueológica. El título no da cabal conocimiento del contenido de esta obra, puesto que el A. ha utilizado en ella el concepto "*Germania Libera*" en su sentido más lato, por lo que en este libro resultan comprendidos todos los hallazgos de objetos procedentes del Imperio, resultantes del comercio las más de las veces de las Grandes Invasiones otras, realizados en la Alemania transrenana, Austria transdanubiana, Países Bajos, Dinamarca, Suecia, Noruega, Finlandia, Polonia y países bálticos, comprendidos desde el último periodo de La Tene hasta la "*Volkerwanderung*". El meticuloso trabajo de Eggers, que para la confección de esta obra no ha vacilado en revisar gran cantidad de publicaciones y ha visitado personalmente numerosos museos, supera a todos los catálogos ya existentes. Fundamentalmente este libro se centra en el fascículo de láminas, en el que se detallan en mapas especiales los hallazgos realizados de bronce, cerámicas, vidrios, etc.; la distribución del total de los hallazgos aparece en un mapa especial, que ha constituido la fuente principal de las conclusiones del A.; ello permite reconocer la orientación de las rutas comerciales, a las que se refiere la casi totalidad de éstas; aparecen también, y ello merecería ser objeto de una investigación detallada, ciertos vacíos en la distribución, que han de ser atribuidos a ciertas diferencias de tipo económico o quizás social. Buenos inventarios de hallazgos geográficos y tipológicos, completan esta interesante obra, que a no tardar será la fase fundamental de otras investigaciones; así, el propio A. anuncia la publicación de un estudio cronológico de los materiales relacionados especialmente con los objetos indígenas, entre los que fueron hallados.—A. BALIL.

JACQUES AYMARD: *Essai sur les chasses romaines des origenes a la fin du siecle des Antonins (Cynegética)* CLXAI, 610 págs. y XL láms. Boccard, Paris 1951.

La presente obra constituye el mejor estudio publicado sobre la cinegética en el mundo romano, tema que sólo había sido tratado, aparte el libro de Keller, *Thiere des Classischen Aitertums in culturgeschichtlicher Beziehung*, en obras de conjunto sobre la vida romana, cuales de Blumner, Friedländer, Paoli, etcétera, así como algunos estudios parciales; a pesar de ello, el estudio de la caza en el mundo romano no puede considerarse, ni mucho menos, como resuelto; la extensión del tema y la abundancia de fuentes literarias y materiales arqueológicos, permite ampliar mucho más este estudio, sin que ello sea ningún menoscabo para su calidad; la extensión del tema y sus numerosos aspectos, ha obligado al A. a concertar el contenido de esta obra a la época republicana y el Imperio hasta fines del siglo II, con lo que no entra en ella un periodo sobre el que poseemos abundantísimas fuentes literarias, así como materiales numismáticos y arqueológicos y que es de desear trate el A. algún día; asimismo se advierte claramente que en algunos puntos el A. se ha limitado a trazar un breve esbozo, v. gr., al tratar de la caza en Hispania, enunciando, sin embargo, sus fuentes de información, que indudablemente le habrían permitido, caso de proponérselo, extenderse mucho más sobre el tema. Todo ello no es obstáculo para que esta obra sea de gran utilidad y que se hayan utilizado en ella obras de notable calidad, que hacen que este estudio sea considerablemente denso y muy completo, en la exposición de diversos aspectos técnicos, no siempre conocidos.

Iniciase la obra con una introducción en la que el A. describe las especies de caza itálicas; para ello se han tenido en cuenta no sólo las noticias referentes al periodo clásico, sino también otras medievales e incluso renacentistas. A esta introducción sigue una historia de la caza en las diversas provincias y territorios que habrían de formar parte del Imperio y la influencia de éstas sobre la mentalidad romana, en especial en la Galia, en lo que el A. carga excesivamente las tintas, a juicio nuestro; el desarrollo de este deporte en tiempos de Augusto y sus sucesores; la relación entre ésta y la ideología política de Augusto, los *iuvenes*; estudiando, asimismo,

la personalidad de los diversos autores de "*cynegeticæ*".

La segunda parte es un estudio de la caza, en su aspecto técnico, equipo, armas, artes, trampas, redes, etc. Muy detenido es el estudio de las distintas razas de canes utilizadas en la caza y otras actividades; este estudio es instructivo para nosotros, los españoles, puesto que muestra la labor realizada en otras provincias del Imperio, especialmente por los zoólogos germánicos, y lo que puede ser realizado en nuestra Patria.

En la tercera parte se ocupa el A. del valor y significación de la caza, prescindiendo de su aspecto religioso y funerario, distinguiendo entre la ideología y la influencia helenística, insistiendo especialmente en lo que se refiere a las cárceles imperiales, especialmente en lo que se refiere no ya a las *venationes* de anfiteatro, sino muy particularmente a las representaciones públicas, sobre todo a los medallones hadriáneos, reutilizados en el Arco de Constantino.

El A. no deja de tener en cuenta, a lo largo de su obra, basada en especial en las fuentes literarias, los materiales arqueológicos, sobre todo los mosaicos; pero a este respecto la utilización no es ya completa, puesto que ello le habría obligado a la realización de un verdadero "*corpus*", sino algunas veces discutible así, p. ej., al tratar de las razas caninas en la Galia, no tiene en cuenta la existencia de mosaicos importados o simplemente que en sus temas imitan representaciones, seguramente pictóricas, no autóctonas; en cambio, no utiliza un material tan valioso y auténticamente gallo, como son los temas decorativos de la "*terra sigillata*", en especial el motivo tan frecuente del can persiguiendo al lepórido, y que, como puede observarse en las láminas del "*Figure-types*", de Oswald, aparece una rica variedad de especies caninas, asimismo algunos vasos, en especial los del taller de "*Germanus*" y algunos de sus imitadores, aparecen interesantes escenas venatorias.

Sin embargo, ello no empece en nada la utilidad de esta obra, completada por un buen índice, de especial interés en el estudio de todos aquellos materiales arqueológicos, en los que aparecen representaciones o temas cinegéticos, por lo que creemos que los directores de las Escuelas Francesas de Arqueología en Roma y Atenas han tenido un verdadero acierto incluyéndola en la prestigiosa colección de sus publicaciones monográficas.—A. BALIL.

C. H. V. SUTHERLAND: *Coinage in Roma Imperial Policy*. 31 B. C.-A. D. 68. XII-220 págs., 17 láms. Londres 1951.

En el último cuarto de siglo, aproximadamente, el estudio de la numismática ha evolucionado, hasta el extremo que desde en concepto puramente artístico, como máximo interesaba su valoración debido a las exigencias de los arqueólogos, ha pasado a ser una ciencia de valoración fundamentalmente histórica, aplicada unas veces a la economía, otras a la sociología y otras, como ha ensayado brillantemente Grant, a la historia política e institucional. La escuela numismática inglesa figura brillantemente a la cabeza de este movimiento y en ello influye, a no dudarla, la valiosísima aportación de Sydenham, al presentar en su monumental catálogo de las series romanas del monetario del *British Museum* o en *The Roman Imperial Coinage*, una revisión de una obra no pocas veces considerada insuperables, como es la de Cohen.

En cierto modo este libro del profesor Sutherland constituye una prolongación y un resumen de las últimas investigaciones de Grant, sobre las acuñaciones de la dinastía julio-claudia y en especial de Augusto. Sin embargo, lo que la obra de Sutherland ha perdido en minuciosidad expositiva, lo ha ganado como obra de síntesis, que ha de influir enormemente en la difusión de esta ideología entre el coleccionismo anónimo.

El A. valora especialmente el papel jugado por las acuñaciones monetarias como elemento de propaganda; sobre este aspecto se había ocupado entre otros Alföldi, al estudiar los *contorniati*. Así se documenta la política de atracción del Oriente, realizada por Augusto; sus opiniones en cuanto a su sucesión y su variación; el autocratismo de Caligula; la divulgación, con fines propagandísticos, de las obras públicas. Incluso, y ello es un mérito más a esta obra, la influencia de algunos personajes, como Sejano, en las acuñaciones, todo ello valora esta obra, cuya divulgación creemos puede aportar interesantísimos resultados.—A. BALIL.

DAVID MAGIE: *Roman Rule in Asia Minor to the Third Century after Christ*. 2 vols, XXI-1.162 págs. Princeton University Press. 1950.

No es frecuente quepa a un recensor el placer de recensionar obras de la extensión y calidad de esta de David

Magie, que constituye no una historia de la romanidad minorasiática hasta Diocleciano, sino una completa exposición de la vida interna de aquellos territorios imperiales hasta Diocleciano; ello aumenta su interés principalmente entre aquellos investigadores a quienes por diversas circunstancias no son asequibles la mayoría de las publicaciones referentes a los territorios orientales del Imperio y que en esta obra pueden hallar una completa exposición del estado actual de los conocimientos y en la que se une al análisis crítico de las fuentes el estudio de los materiales epigráficos y numismáticos.

En los cinco primeros capítulos el A. estudia los precedentes del dominio de Roma en aquellas provincias, ambiente geográfico, físico y económico, la historia de la colonización griega, la gestión de los Atalidas y la primera intervención de éstos en el reino de Pérgamo, con las variaciones que el dominio y administración romanas impusieron en la estructura de éste; la carrera imperialista de Mithridates, sobre el que Magie presenta acertados puntos de vista; su choque con Roma; las campañas de Sylla, con una magnífica exposición del estado económico de aquel territorio; la expansión romana por Licia, Bitinia y Pamfilia; la campaña de Pompeyo contra Mithridates y los acontecimientos que siguieron hasta la caída en Filippus del régimen republicano, que nada hiciera en pro de aquellas provincias.

Las vida de las provincias asiáticas el Imperio, desde Augusto a Diocleciano, constituye en cierto modo la tercera parte de esta obra; en ella se describe la anexión de Galacia y la política augustea de romanización. Capítulo aparte merece el estudio dedicado a la gestión imperial en el orden interno, en especial orientada a la atracción de los provinciales; la supresión de las luchas intestinas, la vigilancia en pro de la incorruptibilidad de los magistrados, y en cierto modo consecuencia, y en otro origen de todo ello, la institución del culto del emperador. Junto a ello aparece un desarrollo de la burocracia, gradual pero incoercible, que lentamente condujo a la estatización y centralización del Bajo Imperio.

La claridad y la simplicidad de esta obra de Magie es verdaderamente notable; siguiendo un sistema semejante al de Rostovtzeff, en su *Social and Economic History of the Hellenistic World*, el A. ha reservado el segundo volumen para exponer los problemas sujetos a dis-

cusión y su posición con la justificación de ésta, junto con varios apéndices dedicados a los magistrados provinciales, al culto del Emperador y de Roma y finalmente a la exposición de las referencias sobre habitantes extranjeros.

Junto a todo ello destaca, junto a la amenidad de la obra, la honradez cienientemente con su meticulosidad en la exposición y la imparcialidad del A., junta-sión de temas oscuros, en los que rehuye a las construcciones mentales fáciles y brillantes, pero sin base sólida.

Por todo ello, no resta sino recomen-dar esta obra de inmejorable calidad, tanto científica como tipográfica, en cuya presentación la *Princeton University Press* no ha regateado esfuerzos.—A. BALIL.

E. SALIN: *La Civilisation Mérovingienne d'après les sépultures, les textes et le laboratoire. I: Les idées et les faits*, Picard, París, 1950. 519 págs., 150 figs., XIII láms. y III mapas.

Bien conocidas son la experiencia y la veteranía de Salin en el campo de la arqueología altomedieval. Su profesión le ha dirigido hacia una mayor preocupación por el estudio de la metalurgia y la tecnología que le ha permitido obtener resultados interesantísimos e insospechados. Sin embargo, esta preocupación tecnológica ha sido siempre en la obra de Salin un medio y no un fin, gracias a la tecnología ha obtenido resultados que le han permitido realizar notables aportaciones a la historia de dicho período.

La presente obra es un trabajo de síntesis cuyo fin es el estudio total de la civilización merovingia en todos sus aspectos, los fundamentos los constituyen los materiales arqueológicos complementados por las fuentes historiográficas revisadas especialmente por los colaboradores de Salin (Albert France-Lanord, Maret y Mlle. Dunan).

Inicia la obra una introducción histórica en la que se estudia el período de las Grandes Invasiones, siguiendo *La fin du monde antique et le debut du Moyen Age* y *Les invasions germaniques*, de Ferdinand Lot; interés especial ofrece en esta introducción la descripción del medio ambiente galorromano. A esta introducción sigue un capítulo de gran inte-

rés, *L'aspect des nouveux venus*, en el que Salin ha sabido valorizar las numerosas descripciones del aspecto físico de los invasores, conservadas en los textos. Pero, sin duda, la parte más interesante de este libro es aquella en que se estudian, utilizando los textos, los materiales arqueológicos, los hallazgos monetarios, etc., las vías comerciales que unían Oriente y Occidente, las rutas de Escandinavia y el Ponto y la masa humana: comerciantes, peregrinos y embajadores, que por ellas discurrían. Los capítulos dedicados a este tema serían suficientes para considerar interesantísima esta obra, y por otra parte, son los que sobrepasan más ampliamente el simple interés nacional; creemos un acierto que Salin haya valorado de tal manera un aspecto cuyo estudio, sea cual sea la época histórica, nunca ha sido tan minucioso como merece.

Concluye la obra con un detenido estudio de las características del poblamiento y las características de los lugares de habitación manejando la abundante bibliografía francesa, dispersa en publicaciones de escasa difusión las más de las veces, y por tanto inasequible en la mayoría de los casos. Este capítulo se completa con un estudio antropológico de los pueblos invasores y un estudio toponímico, en colaboración con Paul Lebel, de gran interés y de escasa frecuencia en nuestro país, probablemente por reacción ante los excesos decimonónicos; complemento de todo ello es un detenido estudio de las características de los lugares de habitación, partiendo de las villas tardorromanas y concluyendo con la descripción de Dijon.

En suma, la obra de Salin constituye un singular ensayo de elaboración histórica con materiales fundamentalmente arqueológicos, del más alto interés, especialmente en períodos tan oscuros. Lamentamos, sin embargo, el hecho, no por frecuente menos sensible, del escaso conocimiento que el autor tiene de la bibliografía hispánica sobre este período, puesto que desconoce todo lo que se ha trabajado, especialmente sobre materiales hispanovisigodos, desde 1939, en cuanto a lo anterior a esta fecha su obra se reduce, fundamentalmente, a los trabajos de Hans Zeiss, y de Raymond Lantier.—A. BALIL.